



Ramón López Soler

Las señoritas de hogaño y las doncellas de antaño

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ramón López Soler

Las señoritas de hogaño y las doncellas de antaño

Capítulo I

El ama y la sobrina

El lector tendrá la bondad de trasladarse con nosotros a una hermosa quinta del reino de Granada, donde vivía habrá como veinte años una familia acomodada y virtuosa. Don Alberto Ludueña se había enriquecido en el comercio: y todo su conato, desde que perdió a una esposa querida, fue el dar culta educación a Matilde, única hija suya, en quien brillaban las dotes del ingenio y las gracias de la hermosura. La casa de campo de que hablamos anunciaba por todas partes la riqueza y el buen gusto de su dueño. Verjas, escalinatas, columnas, estanques y jardines formaban un magnífico conjunto, excitando la admiración del peregrino y la curiosidad de los viajeros. Las salas interiores correspondían a esta grandeza exterior, lo mismo que los suntuosos muebles que las engalanaban. Sobre todo una de ellas de forma ovalada, con puerta al fondo correspondiendo al jardín y otras dos colaterales que llevaban a varios aposentos, tenía tal elegancia en las líneas, tan buen gusto en los adornos, que era el sitio predilecto de la familia, y la pieza que regularmente preferían cuantos visitaban la quinta.

Allí se hallaba en el momento de que hablamos una joven sobrina de don Alberto enteramente absorta en retocar y pulir cierto dibujo que iba trazando. Un ama de gobierno, mujer antigua en la casa, frisando en los cincuenta de la edad, entraba a la sazón por una de las puertas que hemos dicho, y cariñosamente preguntóle por qué en vez de ir a la cacería con los demás de la casa, había preferido atender a su dibujo.

-Porque no tengo mayor inclinación a esos tumultuosos recreos -respondió Leonor, que así se llamaba la joven.

-¡Pues qué! -insistió el ama- ¿Ignora usted que la de hoy es más completa y bien combinada que otras veces?

-No lo ignoro, y aun he visto desde la torre la magnífica cabalgada. El tío iba en calesa, mi prima Matilde a caballo con su acostumbrada gracia y bizarría... Mire usted, ama, me gustaría mucho, muchísimo, saber montar a la inglesa.

-¡Donoso pasatiempo para una señorita!

-Pues ¿qué advierte usted de malo en eso? -preguntó la sobrina.

-Primero la falta de decoro, y después la sobra de peligro.

¡Oh! Nada hay que temer en cuanto a Matilde, tanto por su diestrísimo manejo, como por ir a su lado el elegante Perceval dando saltos y corvetas con su caballo andaluz, acaso el más brioso de su raza.

-¡Su caballo andaluz! -repitió el ama con mucha sorna meneando la cabeza- El caballo del tío, dirá usted mejor.

-Ya; pero como siempre se sirve del mismo...

-¡Vaya una gracia! Pues si saca usted esas cuentas, es suyo todo lo de la casa supuesto que de todo se sirve y en todo raja y dispone sin empacho ni ceremonia.

-Eso, amiga mía, consiste en que la echa de filósofo, de hombre generoso y desprendido.

-Sólo cuando el muy botarate haya ganado un caudal con el sudor de su frente, podrá hacer alarde de estas peregrinas virtudes.

-¿Y es posible que hable usted así, ama? ¿Usted que lo vio llegar el año pasado con tanta alegría?

-Porque a primera vista deslumbra con sus atentos modales, con su despejada gallardía y con la peregrina relación de sus infortunios. Además, aquel servicio hecho al señor don Alberto, aquel rasgo de desinterés en tomar su defensa sin conocerle, y la opinión sobre todo de que venía con ánimo de rendir el homenaje debido a las virtudes de usted...

-¡Es posible...! ¿Llegó usted a figurárselo?

-Mucho que sí -continuó el ama- siempre galán y obsequioso, siempre buscando su lado, daba muestras de intenciones laudables y de hacer justicia al verdadero mérito. Pero de repente, hija mía, lo he visto alejarse de usted sin que haya podido adivinar la causa de tan súbito desvío.

-Yo también lo ignoro -dijo sonriéndose la doncella-. Cuando llegó por la primera vez... habrá como cosa de un año... era yo la única señorita de la casa, pues mi prima Matilde estaba todavía en el colegio de París donde se ha educado. Al verme dio muestras de turbarse; nunca terminaba un discurso con claridad, y regularmente lo interrumpía para dar libre desahogo a media docena de suspiros. Si lo encontraba casualmente en los jardines, era paseándose por las calle más apartadas y sombrías, con el pañuelo en la mano, los ojos hinchados y turbios, y cierto aire de desesperación y delirio que me afligía en extremo; porque mire usted, ama, se me llegaba a figurar uno de esos héroes desgraciados que nos pintan las novelas, y no como quiera, sino con todas las señales del último despecho, como si ya nos hallásemos en las postreras páginas del tomo cuarto.

-¡Haya picardía...!

-Pues cuenta que nada pondero, que hasta el tío lo llegó a advertir, por manera que nunca nos dejaba solos. Un día que me hallaba en este mismo salón divertida con mis pinceles, arrimó una silla, sentóse junto a mí, y empezó a decirme: ¡Leonor!... ¡Hermosísima Leonor!... Y sin añadir ni una letra inclinó la frente, acercó a los ojos el pañuelo y quedóse como sumergido en un melancólico letargo...

-Vamos, y usted ¿qué hizo? Porque la cosa empezaba a tener su intrínquilis...

-¿Yo? No sabiendo qué decirle me puse a hablar de mis amigas, de mis canarios, de ciertos dibujos que me enviaba la prima y otras mil majaderías por el estilo, hasta que al ver que aún seguía callando tuve que sacar a plaza mi propia historia, y encajéle la manoseada relación de mi orfandad, las riquezas de Matilde y la generosa acogida que me daba don Alberto, siendo así que yo nada tenía ni en méritos personales, ni en bienes raíces, ni en tesoros heredados. Ello sin duda hubo de contribuir en gran manera a su distracción, porque a medida que le iba enterando notaba en su semblante no sé qué mudanza repentina con no pocos vislumbres de impaciencia, curiosidad y despejo. Llamaron a comer, reparé en que lo hizo con más apetito que nunca, por la tarde tomó chocolate, a la noche cenó como si tal cosa, y al día siguiente anduvo algo ojialegre, y al otro mucho más, y dentro de una semana, Dios guarde a usted muchos años, desapareció de la quinta.

-Con que ¿todo eso había cuando su merced tomó el portante?

-Dijo que iba a Madrid por negocios de suma importancia, hasta que le pareció volver cuando menos lo esperábamos. Y no es decir que deje de mostrarse conmigo muy obsequioso y cortés, pero no ya a todas horas, como solía, sino al hallarnos entre gentes que nos observan.

-Paréceme muy extraño... Y lo particular es -continuó el ama levantando un poco la voz- que manda en la casa como si fuera el tío de usted y aún dos puntitos más alto. Aseguro a usted, hija mía, que conmigo han de medrar poco sus aires de protección y sus frasecitas recortadas: no señor; mal año para los que quieren mangonear sin que les cueste un cuarto; mándenme enhorabuena los que me pagan, pero...

-Eso no es verdad: nunca he dado a usted la menor cosa, y sin embargo...

-Quita allá -respondió el ama- pues ahí es un grano de anís la diferencia. Usted y el señor don Luis son mis hijos adoptivos: yo, yo misma los he criado, educado, y desde que se quedaron ustedes sin amparo... pero ¿qué es esto? -añadió echando una ojeada al dibujo de Leonor- ¡Vaya! ¡Ni más ni menos que la efigie de don Luis! El mismo... el mismo.

-Como que lo he sacado -respondió la doncella algo turbada- del cuadro de la familia que está en la galería verde.

-¡Qué disparate! ¡Si éste se asemeja mucho más...! Su misma planta, su bondadosa mirada, su picaresca sonrisa... Nada, si es un portento. Nada, nada le falta.

-¿De veras? Mire usted, me alegro mucho, porque es un regalo que he pensado hacer al tío cuando llegue su cumpleaños.

-¡Y cómo si se parece! ¡Hijo de mis entrañas! Desde que el pobre tuvo que salir con el regimiento apenas hemos sabido de su suerte, y sólo con usted he podido hablar algunas veces de sus bellísimas prendas. No sé qué barruntos tengo de que la señorita Matilde no hace a su mérito toda la justicia que se le debe, pues no se afana por oír hablar de él, ni muestra alegrarse de las prósperas nuevas que hace un año supimos. Hablo de cuando pasó aquel tercio de soldados que venía de los Pirineos, donde anduvo en más que dimes y diretes con las tropas de Bonaparte. Digo a usted la verdad; la señorita Matilde deslumbra por su hermosura, su buen garbo, su elegancia; pero como yo fuese hombre, no me había de casar con ella.

-¡Es posible! Lo mejor será que mudemos de conversación.

-¿Y por qué motivo?

-Porque es harto probable que no me casaré nunca. En el tiempo en que vivimos, cuando no hay un razonable dote que pescar...

-¡Pues qué! ¿El tío no dará a usted lo suficiente para establecerse?

-Si dará, pero en caso de aceptarlo, también será preciso aceptar el marido que me elija...

-Y en eso, señorita -respondió el ama- no deseará mas que lo justo.

-Es que tal vez, ahí donde usted me ve, soy algo voluntariosa y descontentadiza... No que a imitación de mi prima exija sensaciones fuertes, raptos violentos, pues me hago justicia y conozco que no soy para inspirarlos; pero quisiera, sí, en el hombre con quien hubiese de unirme una dosis suficiente de razón para que supiese apreciar un cariño sincero y constante, sin echar muy a menos los dones de la belleza y del ingenio, que por desgracia me faltan.

-Entiendo, entiendo, hija mía -respondió el ama sonriéndose- lo que usted quisiera es un hombre tan primoroso y acabado como el modelo que se forja esa fértil y lozana imaginación.

-No tal: sólo conforme a alguno de los que he conocido hasta ahora.

-¿A don Luis, por ejemplo...?

-Tal vez -repuso ruborosa la muchacha- porque, mire usted señora Margarita, estoy segura, segurísima de que ha de ser muy feliz la que elija por esposa.

-¿Y qué motivo hay para creer que no sea usted la elegida?

-¡La elegida! -dijo tristemente Leonor- No, no, querida ama, don Luis es demasiado rico y hará gran carrera en la milicia. ¿Qué proporción, dígame usted, entre tan bellos recursos y la orfandad mía? Por otra parte el tío tiene sus planes, y yo, que lo debo todo a su buen corazón, huiré de contrariarlos, aun cuando me prometiese un éxito feliz.

Aún siguieron hablando largo rato el ama y la sobrina; pero como toda la conversación se redujo a lo que llevamos dicho, hacemos gracia al lector de lo demás para instruirle de cosas sobremanera esenciales a la fácil comprensión de esta historia.

Ha de saber en primer lugar que el ama, la señora Margarita, era una mujer de pro, bastante gorda y rolliza para criada mayor, con sus puntas de bachillera y resplandona. Todo lo suplía, sin embargo, el interés que tomaba por la casa, hijo de su buen corazón y de los muchos años que estaba sirviendo en ella. Era en efecto verdad lo que decía de amar con preferencia a don Luis de Ludueña y a la señorita Leonor; pues a la circunstancia de haberles servido de madre, añadíase el azucarado natural del señorito, y la mansa condición de la doncella. Por aquel tiempo andaba revuelta la España con la guerra que sostenía en su propio territorio contra las aguerridas legiones de Napoleón Bonaparte; don Luis seguía, como hemos visto, la carrera militar; y ya fuese por efecto de la falta de comunicaciones, o por alguna desgracia que le hubiese sobrevenido en los últimos combates, era lo cierto que había muchos meses no daba noticias a don Alberto acerca de su buena o mala andanza, cosa que tenía algo triste y consternada a tan respetable familia. Verdad es que había como un año hicieron alto en la quinta un par de compañías de cierto regimiento que pasaba por el camino real más inmediato, y que oyeron de los oficiales era el don Luis uno de los militares más valientes y peritos del ejército, que merecía entre sus compañeros la reputación primera, y que había logrado adelantos y distinciones honoríficas; pero desde entonces no supieron cosa alguna, y aun este mismo deseo de honra y fama, que tanto les habían encarecido aquellos transeúntes, contribuía a acrecentar sus recelos en orden a la pérdida de joven tan apreciable y completo. En vano leía don Alberto las gacetas y demás papeles públicos que podía procurarse, para rastrear la suerte de su sobrino, en la esperanza de que habiendo visto algunas veces adornados sus artículos con elogios suyos, no dejarían de hacer mención de su muerte en el caso de sobrevenirle esta desgracia. Nada empero hallaba en ellos que satisficiera su curiosidad; y entre tantos oficiales cuyos altos hechos celebraban, nunca topaba con el nombre antes tan gloriosamente repetido de don Luis de Ludueña.

Tal era en el momento de que hablamos la situación de una familia cuyos individuos prestan rica materia a esta verdadera historia. Con la llegada de la señorita Matilde, gallarda joven, educada en París desde su más tierna infancia por tener en aquella capital una tía que la amaba con singular cariño, entregábanse sin cesar a los pasatiempos de la caza y de la pesca; mas no por eso dejaba de vivir en zozobra el bueno de don Alberto, temiendo que el día menos pensado le diesen la noticia de la muerte de su sobrino.

El advenedizo

Serían las once de la mañana cuando don Alberto Ludueña y el elegante Perceval, seguidos de varios criados, entraban en la quinta llevando como en triunfo los despojos de la caza. Iba don Alberto apoyado en el brazo del joven huésped, al que manifestaba agradecer las cariñosas atenciones que le iba prestando. Ayudábale en efecto Perceval con tales muestras de respeto y cortesía, que lo tomara cualquiera por un hijo solícito y tierno, enteramente dedicado a suavizar las penas que acarrea la vejez al noble autor de sus días.

-¡Pues qué! Margarita -dijo al ama con su afectada eficacia- ¿No ve usted que hace falta la silla poltrona en que suele descansar el señor cuando viene fatigado? Vive Dios, que es preciso tener la cabeza a cuatro vientos para no atinar en esto. Ahora -continuó así que Margarita trajo la silla- dirá usted a Felipe que aliñe el pesebre del caballo, le limpie el sudor y le cubra con la manta; pues de otra suerte corre algún peligro en atención a las ásperas fatigas que trae consigo la caza. Esos caballos andaluces necesitan del mayor cuidado: díganmelo a mí que llegué a contar seis de los más arrogantes y lozanos en mi cuadra antes de sufrir imprevistos contratiempos.

-Es usted sobrado bueno y complaciente -dijo a la sazón don Alberto- y si no fuera porque conozco el afecto de que le soy deudor, haríame recelar más navidades de las que cuento. Toma, Margarita... ahí va el sombrero... el bastón... aguarda, mujer: el corbatín... déjalo sobre ese velador. Pero ¿por qué te vas así despechada, y resuelta, y...

-Porque estando el señor con usted ya no necesita de nadie.

¡Válgame Dios! -repuso tristemente don Alberto- sabes que nada deseo como la paz doméstica, y no parece sino que te empeñas por lo mismo en perturbarla.

-Déjela usted -dijo Perceval interrumpiéndole- las dueñas fiadas, las amas celosas del bien de las familias deben gozar del privilegio de ser algo asperillas y regañonas. Fuera de que es fuerza convenir en que la señora Margarita hace a usted un gran servicio.

-¿Se puede saber cuál es? -preguntó el ama sin curarse de suavizar su desabrimiento.

-No hay dificultad: quise decir que un viejo intolerante y regañón hace resaltar las virtudes de otro lleno de amabilidad e indulgencia. Por consiguiente, puede usted aplicar el cuento y tener entendido que...

-¡Qué! Usted -atajóle Margarita sin poder reprimirse- un aventurero, un...

-¡En nombre de Barrabás! -gritó don Alberto- Calla ese pico y vete de una vez a tus quehaceres.

-Iréme, señor, iréme sin desahogar mi justo resentimiento con el primero y el único que me ha perdido el respeto desde que sirvo a tan respetable familia... iréme, para evitar que usted se incomode, y que ese hombre continúe divirtiéndose en amancillar la honra de una pobre anciana.

Así que hubo salido, murmurando entre dientes contra la desvergüenza de Perceval y la sobrada flema de quien aguantaba su presuntuosa arrogancia, entró Leonor a preguntar cariñosamente a su tío si se había divertido mucho en los pasatiempos de aquel día. Al instante le salió al encuentro Perceval muy afectuoso y cortés, ponderándole, según costumbre, cuánto había sufrido en la cacería por carecer de la satisfacción de que se hubiese dignado honrarla con su presencia. Respondióle Leonor con el candoroso espíritu de bondad que la distinguía, y contemplábalos en tanto don Alberto con singulares muestras de complacencia y ternura.

-Extraño mucho -dijo al fin interrumpiéndoles- que Matilde no haya venido a reunirse con ustedes.

-Es que se ha empeñado en domar el caballo que trajeron ayer de las dehesas de Córdoba, haciendo que saltase varias veces la barrera levantada al efecto en el bosque inglés del jardín. La he visto alejarse a galope tendido cuando entrábamos en la quinta.

-¿Y cómo no se ha opuesto usted a semejante locura? -dijo don Alberto- o por lo menos ¿por qué no ha ido con ella a fin de precaver toda desgracia?

-Creí obligación más sagrada el venir sirviendo a usted...

-Pues no hay más sino que corramos al jardín por si algún desventurado incidente hubiese castigado la temeraria presunción de Matilde.

-No es menester, no es menester -exclamó Leonor- ahí viene con el látigo en la mano y el color muy encendido.

Entraba efectivamente entonces aquella hermosísima joven. Gallarda estatura, finos modales, elegancia en la persona, facciones llenas de seducción y de dulzura, eran las calidades que la distinguían a primera vista, dándola en cuantas concurrencias se presentaba la palma de la belleza. Por lo demás, graciosa en su modo de producirse, aguda en la comprensión, rápida, culta y a veces sentimental en el diálogo, cautivaba con el trato a los mismos a quienes había deslumbrado con el esplendor de su hermosura. Las costumbres de Francia le habían inspirado una decidida inclinación a vestirse de amazona, montar a caballo y hacer alarde de cierta impavidez, que parecía ajena de su humor naturalmente pensativo y melancólico. Llegaba entonces ufana y complacida por haber obligado un caballo casi indómito a satisfacer el capricho de saltar una barrera desmesuradamente elevada. Con el violento ejercicio estaba sudorienta y encendida, caíanle sueltos y flexibles sus numerosos bucles por los hombros, y echábase de ver en sus miradas la complacencia del triunfo y el interior prestigio de su audacia.

-Bien lo decía yo -exclamó- bien lo decía que era bastante jinete para ponerle la ley.

-¡Pues qué! -gritó don Alberto- ¿Habrías tenido la irreflexiva temeridad de traspasar la barrera?

Y por tres veces, papá... sólo en la última faltó el brío al pobre caballo y dimos entrambos un gran batacazo en el suelo.

-¡Imprudente! ¡Imprudente! ¿Y te has lastimado?

-Poca cosa: la fortuna, que di un brinco para que no me cogiera debajo.

-¡Muchacha! ¿Y no tenías miedo? -preguntó Leonor.

-Así, así: pero hay cierta palpitación que me place en el peligro que se arrostra y se desprecia.

-¿Y no te acordaste -observó tristemente don Alberto de que semejante indiscreción podía causar a tu padre un eterno pesar...? ¿Quizás la muerte?

-¡Ah! -respondió Matilde enternecida- confieso que no me ocurrió esta idea. Pero sosiéguese usted, papá; prometo no exponerme otra vez a tales riesgos.

-Sí, sí, mucho prometer y poco cumplir: cada día te arrojas a nuevas locuras llevada de ese maniático frenesí por todo lo de París. Fortuna ha sido hubiese allá quien te hablase en castellano, pues de lo contrario olvidáste también de la lengua de tu patria.

-Pero, papá mío...

-Y tu patria -prosiguió don Alberto- vale tanto como esa Francia, que nos ha venido a quitar el reposo y la industria después que por sus maquiavélicas tramas nos hallábamos sin escuadra naval y sin tropas. Participo a usted, señorita, que acá somos españoles... ¿Estamos? Españoles, digo, sin doblez y sin esas monadas extranjeras que deslumbran a los bobos. No señor: quédense con sus caballos de media legua, y su té, y su vino de Champaña; y vengan acá para nosotros el confortativo Valdepeñas, la olla podrida, y el lozano bridón de Córdoba, sin que lo monten madamitas con ínfulas de marimachos.

-¡Viva! ¡Viva! -exclamó Perceval- me precio de buen español y...

-Por eso es usted el único que haga honor al rancio Xerez y al sabroso Málaga de mis bodegas. Pero ¿qué es esto? -añadió volviéndose a Matilde- ¿ya te has puesto de malhumor por lo que dije? Vaya, vaya, no fue por más que por el qué dirán. Para mí siempre eres donosa, hechicera y elegante, con que no te me amohínes, y ven a darme un abrazo.

Lanzóse Matilde a los brazos de su padre e hízole prometer que consentiría en llevarla a una caza de zorras que habían proyectado anteriormente. Leonor, siempre solícita y afectuosa, trajo a don Alberto las cartas del correo y un paquete de los periódicos que se publicaban a la sazón en la Península, arreglando además la mesita de juego para que se divirtiese con Perceval al de los cientos. Hablaron largo rato del servicio que este caballero hiciera a don Alberto cuando sacó la cara por él sin conocerle, de su buen corazón, de sus desgracias, y de varios asuntos concernientes a la familia hasta que vinieron a fijarse en los sucesos de la guerra.

-Según las últimas noticias ya puede ser que se haya firmado la paz -dijo don Alberto.

-¿Y nada sabe usted de nuestro primo? -preguntó Leonor.

-Esta misma mañana al atravesar el camino real me han dicho unos soldados, que se volvían con la licencia absoluta, se hallaba robusto y sano hace muy pocos meses, y singularmente aplaudido de sus superiores.

-Sin embargo -opuso Perceval- este papel trae los pormenores de la batalla de Vitoria, y ninguna mención hace...

-A ver, a ver -interrumpió Matilde; y tomando el periódico de manos del caballero leyó en alta voz lo siguiente:

«Uno de los regimientos españoles del ejército combinado, hallándose vivamente perseguido de una división enemiga, recibió orden de retirarse y volar cierto puente antiguo para detener a los franceses, deseosos de pasarlo a cuchillo o arrebatarse las banderas. Ya llegaban los enemigos en la opuesta orilla, y a pesar de que humeaba la mecha en la boca de la mina no reventaba el volcán. Mandaron a un granadero veterano que volviese a pegarle fuego: más detúvose irresoluto un instante al cumplir con tan arriesgada comisión.

-¿En qué piensas? -gritáale su coronel el señor de Ludueña, bizarro conde de Almanza.

-En mi mujer y mis hijos... pero a la mano de Dios, mi coronel... los recomiendo a la generosa conmiseración de vuestra señoría.

-Tienes razón -exclamó el conde deteniéndole- suelta esa mecha... al fin soy soltero...

Y sacudiéndola con brío arrojóse a la mina entre un diluvio de balas, y dentro de un minuto volaron las piedras del puente con horroroso estrépito hasta las nubes».

-¿Y cuál fue la suerte de tan valiente oficial? -preguntó Leonor mientras saltaba de sus ojos una lágrima de agradecimiento.

-No lo trae la leyenda -respondió Matilde- pero te aseguro que no podría fácilmente consolarme de que hubiese perecido en tan generosa demanda.

-¿Cierto? -preguntó Perceval.

-Cierto -repuso la joven- Hay en tan noble rasgo un espíritu de pundonor y bizarría que me llega al alma.

-Eso ya es un poco fuerte, señorita; aconsejaría yo a usted que se contentase con elogiarlo.

-¡Calle! -gritó don Alberto consultando todavía la relación de la gaceta- ¡Ludueña...! Casi diría que ha de ser pariente mío... no obstante que a excepción de mi sobrino Luis todos han tirado por el comercio.

-Y que sabe usted bien -añadió Leonor- que no tenemos hidalgos en la parentela.

-Hidalgos no, pero hombres de bien muchísimos; y cualquiera persona, como sea valiente y honrada, puede adelantar mucho en la milicia.

-Convengo con usted -dijo Perceval- a menos que no le persiga tenazmente el infortunio. Cuando seguía las banderas del ejército, conocí mucho al bravo conde de Almanza.

-¿También ha sido usted militar? -preguntó Leonor.

-Sí señora, y el conde era mi hermano de armas.

-¿De veras? -exclamó Matilde con manifiesto júbilo.

-Y tanto -satisfizo Perceval- que arrostrábamos a porfía los mismos peligros y reposábamos bajo de una misma tienda.

-En efecto -dijo a esta ocasión don Alberto ocupado entonces en leer su correo- cabalmente tengo aquí una carta en que me hablan de usted, señor don Federico.

-¿Cómo de mí? -preguntó algo turbado.

-Por supuesto en términos bastante honrosos, pues me dicen que ha servido usted en las guardias Walonas.

-Es cierto, y todo el espíritu militar de este distinguido cuerpo exaltaba mi corazón al oír el heroico sacrificio que doña Matilde nos acaba de leer. Harto fácil he sido en creerme ya superior a estas rápidas y brillantes sensaciones.

-¿Y a qué fin sufocarlas? -exclamó Matilde- ¿A qué suponer que hayan de amortiguarse para siempre mientras aún se dan batallas y se aplaude donde quiera el pundonor militar?

-¡Dios mío! -gritó recorriendo otra carta don Alberto- ¡Qué felicidad para todos! Corred, hijas mías, decid a Margarita que prepare el cuarto de la galería, pronto, sin que le falten finas palanganas, jarros de alabastro con flores, olorosos búcaros, buenas toallas, y la papelera de caoba, y los libros más selectos, instructivos y curiosos de mis estantes.

-Pero, señor don Alberto... -dijo Perceval.

-Pero, papá... -repitió Matilde.

-Nada, nada hijos míos; dejadme entregar a toda mi alegría, pues que llega de un momento a otro nuestro amabilísimo Luis.

-¡Válgame el cielo! -exclamaron Matilde y Perceval echándose una significativa mirada.

-¿Y es verdad que viene? -preguntó Leonor con candoroso interés- Vuelva a leerlo por su vida, tío, no sea que nos equivoquemos y se nos agüe la fiesta.

¿Qué hablas de equivocarme, ni de fiesta burlada, ni... cuando ya se halla a pocas leguas de aquí?

-¿De veras, tío?

-Y tan de veras que si andáis torpes en arreglarle la estancia, lo encajo sin ceremonia en mi propio aposento.

-Pues voy -dijo Leonor desasosegada e inquieta- voy, y... mire usted, cuando acabe con ese arreglo de trastos me planto en la cúpula de la glorieta del jardín para descubrirlo de lejos y correr a su encuentro primero que nadie.

Capítulo III

Los tres primos

Es fuerza hacer saber al lector que, dejando a parte los extremos y aspavientos de la vieja Margarita, nadie había de ver llegar con tanto júbilo a don Luis como Leonor y don Alberto. Con respecto a la niña no se me pregunte el porqué; y tocante al bueno de don Alberto, bastará decir que tenía formado el plan, años había, de unir en matrimonio al Luisito y la Matildilla, echarles paternal y cumplida bendición, y pasar con ellos largos y apacibles días de filosófica holganza. Pero el diablo, que todo lo añasca, metióse de por medio, y dispuso la cosa de modo que nunca anduviesen muy de acuerdo los dos jóvenes. Y no se piense que fuese quimerilla de hogaño, pues desde niños se advirtiera en ambos tanta disposición a enquimerarse, como se notaba para vivir en santa paz entre la Leonorcilla y el primo. Ni con mil diablos unían los cachivaches o las meriendas, ni paseaban de bracerero, ni eran de la misma opinión, ni se pasaba mucho rato sin que anduviese la morisqueta y la zambra. Por lo regular Luis hacía migas con Leonor, y divagaba Matilde por las calles solitarias del jardín cultivando las flores, o deliciosamente embelesada en contemplar algún dibujo de melancólica novela.

A consecuencia de tales disposiciones de la niñez fueron manifestándose estas tres personas más o menos íntimas con la edad. El carácter del muchacho descollaba por honrado, puntual y exacto, en lo que se parecía mucho al de Leonor, muy hacendosa y mirada en el desempeño de sus obligaciones domésticas, y en repartir las horas al efecto de que no se quedasen atrás, ni se perturbase el régimen de la familia. Amiga del orden, preciada de honesta, sencilla sin afectación, virtuosa con naturalidad, gustaba de ocuparse y

también de un honesto recreo mientras anduviese conforme con la distribución de sus tareas.

Las mismas inclinaciones se advertían en el primo: por tan aplicado a las matemáticas, flemático en el cálculo y exacto sobre todo en su ojeada, quisieron destinarle a la difícil carrera de marino; pero la guerra del año ocho, entre los muchos planes que desbarató, echó a rodar también éste; y he aquí que en vez de atisbar la brújula y de mandar la maniobra, colgó del tahalí recia espada toledana, y llevaba enarbolada entre las filas una ínclita bandera. Verdad es que su mérito y sus luces le valieron rapidísimos ascensos; mas no por esto dejaba de mostrar igual perseverancia en el riesgo y serenidad, patriotismo y fortaleza en cuantas ocasiones lo exigían el interés de su honor y la gloria de su país.

Por lo que hace a Matilde, en nada se asemejaba a estos dos muchachos. Su figura era algo extranjerada, con su poquito de languidez en los ojos, de fugitiva sonrisa en los labios, el de cuando en cuando tímido suspirito, y aquello de ponerse pálida o de mirar con ternura y pueril desconfianza. Los tres eran bellos y gallardos; pero sobresalían en Luis y Leonor el sencillo aseo y la grave compostura, al paso que en Matilde el seductor aliño y la cultísima elegancia. Manifestábase el semblante de don Luis franco y despejado, el de Leonor inocente e ingenuo, el de Matilde lo que se llama en la moderna solfa sentimental y romántico.

Añada el lector a lo dicho la maldita ocurrencia de irse Matilde a París; ponga en su punto lo mucho que influirían en su espíritu las costumbres de aquel verdadero centro de la lechuguinería y el sentimentalismo; y nada tengo que decirle para que se imagine una joven muy culta, almibarada y leída, de corazón tierno, de juicio despabilado, pero con una fantasía llena de lances novelescos, eterna fragua de amantes que se desalentaban, de espadachines que combatían, y de doncellas que con su lío debajo del brazo andaban, bendito Dios, por esos mundos sin hacerle ascos a la noche, ni quedar muy deslumbradas por la luz del claro día. De consiguiente, a su regreso de la capital de Francia parecíale todo lo de acá desacertado y plebeyo; no que dejase de amar en lo íntimo de su alma la naturalidad, el chiste y demás bellezas de su patria, sino que, por un efecto de sus mismas inclinaciones y lecturas, no se hallaba bajo un cielo despejado, sin súbitas tormentas, sin grupos de amontonadas nubes formando aureola a puntiagudas almenas, y sin aquella media tinta, aquel desmayado vislumbre de una luna fatídica y siniestra.

Y mientras llena de amagos y displicencias no hacía otra cosa que pensar en los deleites, pasatiempos y sabrosos coloquios de que disfrutara en París, presentóse a sus ojos el caballero Perceval recomendado por cierta atención que le debía don Alberto, y más que todo por su finura, gallardía, buena parla y elegantísimos modales. Desde luego se comprende cuanto prestigio alcanzaría con Matilde, puesto que podía desplegar ante sus ojos el variado tesoro de un caballerito parisiense. Y no es decir que la acompañase en sus paseos, la entretuviese con lecturas, o quisiera fatigar a su lado fogosísimos bridones; pues, sobrado artero para adoptar estos medios rutinarios, antes parecía evitarla y no permitirse el más mínimo contacto con ella. Mirábala sí a hurtadillas, echábala de distraído, y mostrábase desencajado y pálido, sin que pudiera nadie decir que la anduviese persiguiendo, ni que penase interiormente por sus gracias. Muy al contrario, mostraba

dirigirse a Leonor, puesto que a ella daba la mano, ofrecía el brazo, o ayudaba a pulir algún dibujo, siempre atento y oportuno a sus menores deseos.

Cierto día, en que apenas había parecido por la casa, encontrólo Matilde al anochecer paseando por la parte del jardín más solitaria y sombría. Su hermoso pelo andaba en agradable desorden, sus botas estaban llenas de polvo cual si viniese de prolongado paseo, tenía un libro en la mano pero sin leer en él, y con los brazos cruzados parábase de cuando en cuando enteramente absorto en amargas reflexiones. Matilde, a quien no disgustaba su conversación y extremada gentileza, quería adivinar sin darlo a conocer la causa de aquella aflicción tan constante y peregrina, no porque se lisonjeara de ser el objeto de ella, pero un movimiento indefinible del ánimo, hijo tal vez de algún afecto que no se atrevía a sondear, la inclinaba a esta averiguación. Llevada de tal idea, hízose encontradiza con el galán caballero y hablóle como sorprendida en estos términos:

-Muy distante estaba de esperar semejante encuentro; según traza busca usted los más apartados sitios que ofrecen las cercanías.

-En efecto, señorita -respondió Perceval- como más adecuadas al melancólico temple de mi espíritu.

-Perdone usted, amigo mío, pero parece que esa tristeza no tanto sea una inclinación natural, como el desgraciado efecto de imprevistos contratiempos.

-Y aunque tal fuera su origen ¿no tendría sobrado motivo para evitar la presencia de otras gentes?

-Sin duda alguna -repuso maliciosamente Matilde- a lo menos hasta que diese usted con las que por su mayor instrucción o agrado pudiesen prometerse consolarle y distraerle.

-Por desgracia nadie ha querido tomarse esta molestia. Muchos se figuran que mi humor solitario y melancólico nazca de mero capricho, no siendo en realidad otra cosa que el íntimo convencimiento de que me hallo solo en el mundo, sin inspirar a persona alguna aquellos suaves afectos que constituyen la verdadera base de la felicidad y el manantial inagotable de nuestras dulces ilusiones. Nací por azar con índole naturalmente sensible, y he deseado siempre no tanto aquel aura popular, aquel prestigio de salón que no me era difícil adquirir, como el mutuo trato, la fina correspondencia con personas que no condenasen los desvaríos de una imaginación exaltada cual la mía. ¡Ah! Sabe usted cuánto es difícil un hallazgo de esta especie; y esto que sus gracias, su modestia y sus virtudes le dan más facilidad y derecho en adquirirlo. Si quiere usted ser ingenua, no dejará de concederme que los elogios merecidos en las concurrencias y tertulias no equivalen al espiritual deleite de comunicar uno sus ideas, sus desvaríos tal vez, con quien, lejos de desaprobarnos los halague, y lejos de ponerlos en ridículo los aprecie.

-Ese modo de pensar, esa elevación de espíritu -respondió Matilde interiormente conmovida- es a un mismo tiempo la delicia y la amargura de las almas melancólicas y compasivas. No dudo halle usted en la soledad los más sabrosos deleites de la vida, y mucho menos que se complaciese en el hallazgo de otra persona de su temple; pero es tan

difícil dar con ella en un país donde la educación consiste más bien en la destreza de las manos, que en la cultura del ingenio, que miro como infructuosos los esfuerzos de cualquiera. Cosa es fácil recorrer los pueblos, frecuentar tertulias, y granjearse el aprecio de las gentes; espinoso, empero, imposible tal vez, topar con la persona que nuestro corazón y nuestro espíritu apetecen.

-Acaso no es esto lo más triste; sino que cuando se logra conocerla, o no podemos aspirar a su amistad, o se desentiende del predominio que tan justamente alcanza.

-No creo haya quien se resista a una comunicación razonable; como demos por sentada la uniformidad de carácter y doctrina.

-Pues ¿cómo es, ¡oh Matilde!, que rara vez nos encontramos en nuestro paseo, y que sólo de usted merezca insípida y ceremoniosa cortesía?

-Perdone usted, señor Perceval, pero yo soy la que en todo caso debía quejarme de su estudiado extrañamiento. Respeto no obstante los motivos que le dan margen para semejante conducta, porque me interesan muy de cerca la tranquilidad y el decoro de mi prima. No que supusiese a usted capaz de causarle el más leve disgusto; pero a veces un movimiento puramente cortés inspira amargo recelo a un corazón inocente y le presta larga materia para peligrosas cavilaciones.

-¿Y cabe en la imaginación de usted que esa señorita, con ser tan amable y linda labrar pudiese mi felicidad? ¡Ah! Por mucho que se distinga entre las demás de su sexo, por mucho que en ella brillen la ingenuidad, la alegría y la inocencia, no hay miedo que desflora siquiera la superficie de un corazón que suspira por los misteriosos raptos de una melancólica ternura.

-Luego -dijo Matilde con cierta complacencia interior- ¿no media entre ustedes la seria intimidad que yo supuse?

-Nada más, señorita, que una amistad fraternal.

-Pues a no engañarme, papá es de mi propia opinión, y aun creo que ha formado cierto plan en orden a esto.

-¡Necio de mí! -exclamó Perceval con muestras de afligirse mucho- ¿Cómo no me ocurrió la idea de que lo que era puramente efecto de un natural complaciente interpretarlo pudiesen como un amoroso indicio? Hay además en Leonor una jovialidad tan ingenua y sostenida, que a tiro de ballesta descubre la inalterable calma de su ánimo. Ignoro de qué manera pudo suponerse en ella una inclinación que lleva por caracteres la inquietud, el desasosiego y la tristeza.

-Y con todo esto el error de don Alberto ha sido general en la familia. Apenas llegada de París, ya me participaron el proyecto de esta alianza; y bien que no tenía entonces la honra de conocer a usted, la pintura que de su persona me hicieron no pudo menos de hacerme presumir como muy completa la felicidad de Leonor.

-Pues bien, amabilísima Matilde, ya penetra usted cuáles son las ideas que me ocupan, los desvaríos que me agitan, los ocultos movimientos de mi corazón, condenado quizás a sufrir en silencio la amargura de un amor sin esperanza; y no puede de consiguiente ocultarse a una señorita tan completa la distancia por la naturaleza establecida entre Perceval y Leonor.

-Sí señor: tan fácilmente como la intimidad con persona de más elevadas ideas que mi amada prima...

-No acabe usted -interrumpió Perceval- puedo asegurarla que mi repugnancia no ha nacido de ninguna preferencia. Conocí a Leonor cuando mi corazón, libre de todo afecto, me dejaba en absoluta libertad para jurarla un eterno cariño como hubiera en nuestras almas aquel golpe de simpatía, aquella correspondencia espiritual, que si bien hace al amor más melancólico, lo convierte en inagotable fuente de dulzuras; pero...

-Debo deducir que después de haberla conocido no disfrutó usted de la misma independencia.

Perceval lanzó un suspiro, y volvió el rostro a otra parte dando muestras de querer ocultar alguna repentina turbación. Matilde como discreta no trató de ¡levar más adelante aquel coloquio, y viendo que la noche se iba adelantando propuso al caballero tomar la vuelta de la quinta. Apoyóse en el brazo de Perceval y anduvieron largo trecho sin pronunciar palabra alguna. Era la noche deliciosa y apacible: la luna, elevándose por el horizonte, alumbraba los campos con luz tibia y melancólica; silbaba el céfiro blandamente entre las hojas; embalsamaban el aire las aromáticas flores, y percibíanse el agradable murmullo de las fuentes y los últimos ecos de la flauta pastoril tocada por los zagales que iban conduciendo el ganado hacia la inocente aldea. Figúrese el lector que impresión no haría en Perceval y Matilde este bellissimo cuadro: absortos en sus meditaciones, distraídos tras la plácida ilusión de amarse, no se atrevían a hablar; pero este mismo silencio era más elocuente que un estudiado y artificioso discurso. Después de buen espacio, habiendo prolongado Perceval el camino, se hablaron y descubrieron la mutua estimación que se profesaban. Sin embargo, un observador imparcial hubiera notado tanta dignidad en la dama como humillación y frenesí en el caballero, deduciendo de todo que la inclinación de Perceval era de las más vehementes que conciben los hombres, al paso que contenida la de Matilde en los justos límites del pundonor y la decencia.

Varios días se pasaron desde esta primera entrevista, en los cuales eran algo frecuentes los encuentros y los suavísimos coloquios. Insensiblemente la inclinación de Matilde tomó cierto arranque viendo sólo en Perceval a un joven desgraciado y lleno de mérito, a uno de estos héroes de frac y sombrero redondo, que tan ventajosamente descuellan en un salón, como desairados serían en el foro o en algún teatro académico. Y no es decir que él no la amase puesto que rayaba en lo imposible dejar de profesar a aquella elegante joven admiración y cariño; pero era harto cierto que el objeto principal de sus amores más tendía a sus riquezas que a sus gracias, más al gusto de disiparlas que al noble empeño de vivir para únicamente consagrarse a hacerla dichosa.

Capítulo IV

Todos le halagan,
todos le miman,
él sin embargo
tierno suspira.
VILLEGAS

Supuesto que ya queda enterado el lector de algunos pormenores indispensables para la inteligencia de nuestra narración, volvamos, si le place, al punto donde dejamos a la familia de don Alberto antes de meternos en las explicaciones antecedentes. Toda la casa, si mal no se acuerda, andaba desatinada y revuelta con la fausta e inesperada noticia del regreso de don Luis, joven de grandes esperanzas y muy querido de la familia. Según las apariencias estaba próximo a llegar; y mientras había corrido Leonor para arreglarle el cuarto y plantarse de atalaya en el jardín, entregábase don Alberto a todo su júbilo en presencia de Matilde y Perceval.

-Ved aquí cerca de seis años que no le veo -decía porque según mis cálculos era por el ocho cuando marchó con su regimiento a la defensa de Zaragoza. Vaya, vaya... los muchachos se hacen hombres, y los hombres llegan a viejos y vuelven a ser muchachos. Vamos, hija, alíñate y ponte de fiesta para cuando llegue.

-¡Toma! -respondió Matilde- ¿Por un primo quiere usted que gaste tantas ceremonias?

-No hallo en efecto para qué -observó Perceval- y sobre todo, que cuando hay gracias naturales es la simple sencillez el adorno que más pega.

-No digo que no, señor mío, pero tengo acá mis buenas razones para que la primera ojeada sea muy favorable a la niña. Tú la sabes también, Matilde...

-Sí por cierto, papá; aunque no puedo dejar de repetir que nunca me inspirara el primo Luis una de aquellas irresistibles inclinaciones que nacen de la conformidad de los caracteres. Y no dejo de reconocer en él calidades excelentes... es honrado, cortés, fornido... pero nada de elevación en las ideas, nada de entusiasmo varonil, nada de vehemencia en la imaginación... en una palabra, nunca pasará de hombre de bien...

-Pero será buen marido -añadió seca y oportunamente don Alberto.

-Por supuesto...

-Un hombre muy atento a sus negocios, incapaz de faltar y sin permitir que le falten, buen español, buen padre de familias, buen ciudadano...

-Por supuesto, por supuesto -interrumpió Matilde con marcado movimiento de impaciencia- pero ¿no se acuerda usted que cuando muchachos nunca andábamos de acuerdo, y que por cualquiera cosa tomaba contra mí la defensa de Leonor?

-¿Y por tales bagatelas habrías de desdeñar la más rica boda de todo el reino?

-¡Válgame Dios, papá! ¿Es posible que nunca hayamos de pensar sino en acumular riquezas? Harto nos ha favorecido la suerte para que aún nos alucine esta peligrosa manía. Aseguro a usted que si fuese dueña de mí misma, lejos de buscar un hombre lleno de talegas, tendría particular deleite en reparar los caprichos de la fortuna favoreciendo con mi mano a cualquiera joven de mérito, caballeroso, fino, y por lo mismo desatendido e infeliz.

-¡Señorita! ¡Señorita! -exclamó Perceval como arrebatado de lo que acababa de oír- Ese modo de pensar une a la palma de la belleza la de la magnanimidad y el talento.

-Sí señor -opuso algo mohíno don Alberto- Todo eso es bello, magnífico, pero en teoría... Tales matrimonios causan admirable efecto en las novelas... ahora en cuanto a la práctica ya es otra cosa.

En el mismo momento llegó corriendo Leonor para anunciar la llegada de su primo. Pintábase el júbilo de la sencilla joven en la exageración de sus movimientos, en el brillo de sus ojos, en el indeterminado impulso de sus acciones. Apenas podía hablar; apenas le era posible indicar la proximidad de tan apetecido huésped, a cuyo encuentro salieron todos a excepción de Matilde y Perceval, aquella por la intempestiva excusa de ir a consultar al tocador, y éste por el pretexto de dejar en tan plácidos momentos en libertad y soltura a la familia.

Pocos se pasaron cuando se reunió en el ovalado salón que ya conocen nuestros lectores, llevando a don Luis como en triunfo, y manifestándole toda suerte de agasajos y de obsequios. Él en tanto, colocado en medio de aquel círculo doméstico, correspondía con noble cordialidad a sus júbilos, enhorabuenas y parabienes. Su tío no se cansaba de mirarlo, Leonor de hacerle preguntas, y la buena Margarita de prorrumpir en patéticas exclamaciones.

-¡Siempre los mismos! -decía don Luis- Siempre conmigo tan afectuosos y corteses. ¡Ah! Nada ha cambiado... sólo Leonor en adornarse de nuevas y peregrinas gracias.

-Cuando veas a Matilde -dijo don Alberto- hallarás que aún excede a su prima. Basta decir que es la hermosura del país, como que no se pasa día sin que algún impertinente venga a calentarme los cascos para casarse con ella. Pero guarda... tengo acá mis ideas, de las que muy pronto hablaremos, pues recelo que el coronel te haya dado licencia para pocos días.

-No la necesito de nadie: yo soy el que me la he dado a mí mismo.

-Pues qué -exclamó Leonor- ¿serías tú el coronel?

-Y un puntito más, querida.

-¿Brigadier? -preguntó sorprendido don Alberto.

-Precisamente.

-¡Muchacho! ¡Y eso que no llegas a los treinta...! ¡Qué! Si no hay como la guerra para hacer fortuna...

-¡Vaya, vaya! -dijo Leonor- y sin tener noticia de ello: y sin que le pudiese más de dos galones en todos sus retratos.

-Es que de algún tiempo a esta parte ha habido en el ejército terribles encuentros.

-Y por consiguiente -interrumpió don Alberto- ascensos rápidos... pero ¿cómo lo pasa el coronel Álvarez de quien me hablabas en todas tus cartas?

-Murió como un héroe en el asalto de Tarragona.

-¡Pobre señor! Tanto como te quería. ¿Y aquel general de división que me aseguró tu fortuna y quería nombrarte su edecán?

-Cayó lleno de heridas en la gloriosa jornada de San Marcial.

-Ya, ya: la guerra es gran cosa para hacer fortuna; con todo aténgome al comercio, amigo Luis. Mis corresponsales no suben tan aprisa; pero al fin, al fin viven largos años y mueren bajo de techo, que es la verdadera incógnita que en esta pícara vida nos proponemos despejar.

-Por lo mismo desearía pasar la mía al lado de usted sin atender a más que al dulcísimo embeleso de la doméstica felicidad. Saltó mi corazón de alegría así que descubrí las graciosas torres de esta quinta, y desde luego forjé en mi caletre la resolución de establecerme algún día en su apacible comarca.

A todo esto Matilde no parecía: y habiendo sabido don Luis el motivo de su tardanza, manifestaba agradecer a su prima Leonor el no haber aguardado para salir a su encuentro las vanas fórmulas de la etiqueta. Sin embargo, don Alberto no sabía ya contenerse en cuanto a comunicarle el plan que, en orden a la colocación de la familia, había concebido; y haciendo por lo mismo que desapareciesen los criados y quedándose a solas con su sobrino, hízolo sentar junto a sí y hablóle confidencialmente en estos términos:

-No dudo que adivinas, hijo mío, el objeto de que te voy a ocupar, pues hartos sabes el proyecto de toda mi vida.

-Sé -respondió el sobrino- que mi matrimonio con Matilde fue constantemente deseado por su padre y por el mío; pero antes de todo es fuerza cerciorarnos de que en manera alguna le desplace esta alianza. Además, si he de hablar a usted con franqueza, tío, le diré que he tenido siempre cierta inclinación a Leonor, que sube de punto al encontrarla ahora tan gentil, tan gallarda, sin haber por esto disminuido su amabilidad e inocencia.

-¡Bah! -respondió el bueno de don Alberto- Dígote Luis que así que veas a Matilde se te desvanecen esos amorosos devaneos. Y por lo que hace a Leonor, tenemos aquí en casa de huésped a un cierto don Federico Perceval, que le manifiesta una pasión vivísima.

-¡Calle! ¿Y Leonor...?

-Ya sabes cuán difícil es averiguar lo que pasa en el corazón de una doncella, pero tengo mis barruntos de que no le huelen mal las flores que sin cesar le echa el sobredicho galán.

-¡Ah! Pues entonces sólo hay que pensar en la felicidad de tan amable niña.

-Por supuesto, y tengo la intención de dotarla y establecerla. Ya he dado algunos pasos a fin de tomar luces acerca del carácter y demás calidades de su novio. No era eso fácil, atendido el misterio en que se envuelve: pero como ha servido en guardias supe a quien dirigirme, y los informes recibidos por áridos e incompletos no me satisfacen del todo. Créese que es de una familia no despreciable de Cádiz, que tuvo en otro tiempo un regular caudal, aunque lo ha disipado sin que se entienda el cómo... También hay dudas acerca de si el apellido de Perceval es verdaderamente el suyo; y todo esto, al paso que me confunde, me disgusta y mueve a una averiguación más exacta.

-Sí, porque quizás hayan querido calumniarle.

-Pero ¿cómo demonios se saca en limpio...?

-Deje usted -dijo don Luis tomando la carta- tengo algunos oficiales de Cádiz en el regimiento, y me valdré de ellos para desentrañar ese enredo.

-Lindo: y en el ínterin procuraré insinuarle con palabras buenas, almibaradas y corteses que tu llegada ocasionará la de otros amigos, y que por lo mismo aunque la quinta es capaz y...

-Muy bien pensado. Y si es digno de mi prima, nada hay que hacer sino casarles, por más que, como ya he dicho, esa sola idea me desazona y me aburre.

-Hombre, no seas machaca; te repito que cuando veas a Matilde te vas a quedar con tanta boca abierta y... ¡Calle! por allí viene... Vuelve esa cara, pusilánime, y dime si exageraba al pintártela tan hermosa.

-Muy al contrario -respondió don Luis levantándose- Paréceme, tío, que anduvo usted más escaso e injusto en sus encomios.

-¿No lo dije? Mira tú si al cabo de mis años no sabré juzgar de esas cosas, siendo así que cuando joven pasaba por uno de los más estirados mozalbetes de Andalucía.

Capítulo V

Amistad y desinterés

Casi consideramos inútil decir al lector que don Luis quedó como deslumbrado de la incomparable belleza de Matilde. Consecuente, sin embargo, a la ingenuidad que brillaba siempre en su conducta, quiso tratarla con la franqueza de parientes y de personas que se habían criado juntas; pero la muchacha mantuvo a raya esas naturales demostraciones guardando con él cierta circunspección y ceremonia. Lo que es don Alberto no veía en esta frialdad mas que un resultado de las costumbres de Francia; y como notó la impresión producida por la belleza de Matilde, no dudaba que sus proyectos de enlace iban a las mil maravillas. Don Luis no quiso formar parte de la nueva cacería dispuesta por esta joven, cosa que al parecer debía herir su natural amor propio. Así se lo dijo su tío; pero viendo que Matilde por un efecto de esta especie de desaire tampoco quería salir de la quinta, arguyó que era por deseo de hablar al joven brigadier, cuyo mérito no podía dejar de hacer en ella una sensación igualmente favorable. Así se pasaron algunos días: Matilde ceremoniosa y reservada, Leonor pensativa y melancólica, y don Alberto siempre atento a la felicidad de los que miraba como hijos, formando de todo risueñas y agradables conjeturas.

Pero semejante situación no podía durar largo tiempo.

Era indispensable que hubiese serias explicaciones de una parte y otra, o que se llevasen rápidamente a efecto los planes desde mucho antes trazados por don Alberto Ludueña. Disgustado de todo aquel aparato, paseábase una mañana don Luis por el jardín fraguando en su mente proyectos de una próxima partida. Por un lado se le presentaba Leonor prendada, según opinión de don Alberto, del elegante forastero tan íntimo de la casa; contemplaba por otro a Matilde enteramente dedicada a guardar los usos y a cultivar los primores aprendidos en París; en el tío veía a un bondadoso anciano arrimado a su dictamen e incapaz de resignarse a dar otro giro al plan concebido por él en orden al arreglo de la familia; y en Perceval uno de esos hombres cuyo brillante exterior y buena parla se granjean donde quiera la más favorable opinión, tal vez sólo debida al mérito verdadero, aunque por lo mismo, desconfiado, pusilánime y modesto.

-Al fin -decía para sí- no hago más que sembrar rencillas y tristezas en esta respetable familia; parece que antes de mi llegada la paz y la jovialidad reinaban en la quinta; ahora empero todos huyen, disimulan, recelan, cual si mi presencia los mantuviese en continua sospecha, o si temieran el fatal término de unir su suerte con la mía. No, no: veo que, a pesar de la rectitud de mis intenciones y de la sobrada sencillez de mis palabras, el mismo destino que me ha hecho más capaz de sacrificarme en el campo de batalla que de brillar en el salón, me persigue con igual encarnizamiento en medio de unos parientes cuya memoria me era aún más grata que la celebridad de mis triunfos.

Metióse despechado en un cenador de jazmines, donde permaneció como embebido en estos melancólicos pensamientos, pero distrájolo a poco rato el leve ropaje de alguna persona que muy ligeramente se acercaba; volvió la cabeza, y viendo entrar en el mismo aposento a su prima Matilde, púsose en pie extrañando en aquel retirado sitio tan inesperada visita. Sin embargo, ambos guardaron por algunos minutos absoluto silencio; don Luis esperaba saber la causa de aquella aparición imprevista, y Matilde no hallaba expresiones que le pareciesen bastante propias para declarársela.

-Adivino -díjole al fin- cuán extraña parece a usted mi presencia; pero tengo precisión de hablarle, y aprovecho para hacerlo el momento en que todos andan distraídos por la casa.

-No obstante, amable prima, antes de meternos en explicación alguna quisiera que desechásemos ese triste ceremonial que nos mantiene a irregular distancia. Nos parecemos más bien a dos enemigos que se acechan, que a dos parientes que se aman; y puesto que son inseparables de nuestra memoria los recreos inocentes de la infancia, así como de nuestra genealogía las conexiones de parentesco que nos unen, soy de parecer que empezásemos por desterrar el usted, y siguiésemos con la ingenua franqueza, que ya debiera haber establecido entre los dos una correspondencia amistosa.

-Esto, primo don Luis, dependerá de usted mismo. Creo que mi padre le ha hablado varias veces de sus planes con absoluta confianza.

-Porque siempre me habla de usted, querida Matilde, siempre de la hija en quien vive, y en cuyo hermoso semblante...

-Luego no le son a usted desconocidos sus proyectos -interrumpió Matilde.

-En efecto...

-¿Y qué dice usted acerca de ellos?

-Nada por ahora.

-¿Pues...?

-Aguardo algún indicio de la decisión de usted. Me conozco, me hago justicia, Matilde; y cuanto más admiro las brillantes calidades que a usted distinguen, tanto menos espero que suscriba a la voluntad de don Alberto. Júzgome sin embargo digno de la amistad de usted, y la suplico por lo mismo que nunca deje de ver en mí a un fiel amigo y a un cariñoso hermano.

-¡Don Luis! ¡Generoso don Luis! -exclamó la joven tendiéndole la diestra y conmovida hasta lo sumo con tan blandas y persuasivas palabras.

-¡Bendito sea Dios! -repuso el brigadier- Paréceme que empieza usted a hacerme justicia. He aquí el medio de que nos entendamos y nos apreciemos en lo justo. Ahora bien, a pesar del plan de don Alberto y de la felicidad que a su ver nos promete, sospecho que a usted no place semejante matrimonio.

-¿A mí?

-A usted, Matilde; que de ello dimana su frialdad al recibirme y la dificultad en concederme una razonable franqueza. ¡Ah! Si hubiera podido imaginar tal desgracia, desde el mismo umbral de la puerta hubiese dicho a usted que me abrazase sin recelo de que quisiera tiranizar su albedrío.

-¡Dios mío! ¿Se puede ser más generoso -dijo Matilde y a la par mostrarse menos engreído de tanta generosidad?

-Nada de elogios, prima; hállome acostumbrado a tales contratiempos y a desprenderme de mis derechos en beneficio de los demás. Conozco que no he nacido para inspirar pasiones... todo lo que puedo hacer es amar las gentes, sacrificarme por ellas, moverlas a que me profesen una sincera amistad, y no para obligarlas a que me quieran, sino a que por lo menos no me odien. Voy pues en busca de don Alberto a fin de enterarle, persuadirle, y...

-Deténgase usted... ¡Ah! Mi padre cifra toda su dicha en este enlace, y así que conozca mi repugnancia me colmará de dicterios, me maldecirá tal vez.

-¿Sería posible!

-Y sin embargo, ¿qué hacer?

-No hay que precipitarse; buscar un medio...

-Es en balde, querido don Luis.

-Por ejemplo, ¿si el desaire, si la repugnancia salían de mí mismo...?

-¡Qué dice usted!

-Lo que nadie podrá persuadirse, pero lo que pone a cubierto la desobediencia de una doncella.

-¿Y arrostraría usted -repuso con singular ternura Matilde- arrostraría usted, amigo mío, la cólera de un anciano que le ama por favorecer a una infeliz que lo desdeña?

-Esa interpretación es injusta; diga usted más bien que haría un sacrificio para granjearme la amistad de una persona que aprecio.

-¡Dios mío! -exclamó Matilde singularmente enternecida- ¡Cuán poco conocía el generoso espíritu que a usted anima! ¡Ah! Sólo a usted he de revelar el secreto de mi vida,

porque sólo en su hidalgo pecho puedo hallar reunidas la virtud y la prudencia. Pero es fuerza enjugar las lágrimas, reprimir los gemidos, y... siento pasos... ¡Ay de mí!... Acaso esa misma ternura levantaría sospechas contrarias a nuestro reposo.

La gente que se acercaba al pabellón eran nada menos que Leonor y don Alberto. La muchacha llevaba un pliego en la mano con muestras de ir en busca de su primo, hablando al mismo tiempo al padre de Matilde con mucha solicitud y calor.

-Sí, sí, tío; dígame a usted que era un mozo muy bien plantado, un gallardo lancero, y que traía estos pliegos para el brigadier don Luis de Ludueña, conde de Almanza.

-¡Cómo! -dijo Matilde- ¿El conde de Almanza? ¿El mismo cuyos altos hechos de armas leímos con tanto entusiasmo en los periódicos?

-El mismo sin género de dudas -respondió Leonor.

-Con que, ¿además de brigadier te han hecho conde? -preguntó complacido don Alberto.

-No por mis méritos, tío -respondió don Luis- sino en fuerza de la bondad de un monarca sobrado magnánimo y generoso.

-¡Vaya, vaya! -prosiguió el anciano- ¡Y sin decirnos nada! y teniendo cerrado su pico como si se tratase de ocultar alguna picardigüela...

-¿Y para qué publicarlo? No era el conde de Almanza el que venía a visitar a tan honrada familia, sino un afectuoso sobrino de don Alberto Ludueña.

-Ya; tampoco doy mucho valor a las dignidades y a los títulos, pero un conde ensalza la familia, y sobre todo la joven con quien te cases será mi señora la condesa. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Harto columbraba que al fin, al fin, acabarían ustedes por entenderse... Ahora bien, hijos míos, ¿convenisteis en el día de la boda?

Al oír esto escapóse una lágrima de los ojos de Leonor, y Matilde y su primo manifestaron dificultad en explicarse.

-Por vida de... -prosiguió don Alberto- ¿Si estaréis todavía como dos chiquillos haciéndole cocos al dulce? Vaya, despachaos, porque como tardéis en darme un nieto me faltará tiempo para estrecharlo en mis brazos. Mucho sentiría, hijos míos, bajar al sepulcro sin haber logrado tan lisonjera dicha. ¡Pero calle! ¿Bajas los ojos? -prosiguió mirando a Matilde- ¿Lagrimitas...? ¿Suspiritos...? Digo que no hay flechas en la aljaba del rapazuelo, si no son esos claros indicios de estar muriéndote por el señor brigadier de los reales ejércitos, conde de Almanza, etcétera, etcétera...

-¡Ah! Nadie conoce sus méritos como yo misma, ni puede haber persona que más lo aprecie. Lo quiero por lo mismo como un amigo y un hermano.

-Como un esposo, majadera -replicó don Alberto- y acábense de una vez tantos arrumacos.

-En efecto, tío -dijo don Luis- mi prima está pronta a obedecer las órdenes de usted.

-Por supuesto -repuso don Alberto con viveza y júbilo.

-Pero en cuanto a mí -prosiguió el conde- siento un obstáculo invencible a que se verifique esta alianza, y necesito acogerme a la indulgencia de una persona tan considerada como usted para...

Estas palabras produjeron singular efecto en aquel corto número de personas: don Alberto se quedó estático; Matilde mirando a su primo con muestras de admiración y agradecimiento; y Leonor, como extrañando lo que oía, manifestaba a la vez una indefinible mezcla de alborozo y de tristeza.

-¡Es posible! -exclamó después de un rato don Alberto- tú... mi sobrino... mi hijo adoptivo... darías a mis canas tan recia pesadumbre... tú desdeñarías la mano de Matilde, la amiga de tu infancia, la que te destinaba desde su lecho fúnebre el labio moribundo de tu padre...

-Crean ustedes todos que semejante negativa cuesta mucho a mi felicidad... pero los militares jóvenes sin un padre que les aconseje, sin un amigo que nos dirija, solos y errantes por el mundo, indiscretamente nos comprometemos y...

-No, no -exclamó el tío- eso no es más que un pretexto o una chanza... Aprobabas mis proyectos, suscribías a este enlace, ¿y de repente me anuncias obstáculos que no han existido hasta ahora? ¡Válgame Dios! ¿Dejarías de ser en un momento mi heredero, mi sobrino, y lo que es más un hombre pundonoroso y honrado?

-Lo es, padre mío, lo es y lo será siempre -interrumpió Matilde incapaz ya de contenerse.

En vano la hizo señas el conde, en vano trató por todos los medios imaginables de que no desmintiera sus palabras; pues preciada de cierta sublimidad de ánimo, que no le dejaba presenciar con calma el sobrado desinterés de don Luis, desentendióse de cuanto quiso significarla, y pronunció las siguientes singularmente agitada y ruborosa:

-Déjeme usted, señor conde, déjeme llenar un deber sagrado, pues no es justo que mi pobre padre inocentemente ultraje a la generosidad y la virtud. Sí, yo soy la que rompe este himeneo, yo la que le obligaba a buscar pretextos para diferirlo, yo...

-¡Hija ingrata! -exclamó el anciano- ¡Desdeñar a un joven de mérito! ¡Desatender el más próspero partido! No, no; hoy mismo te he de ver enlazada con mi querido Luis.

-Por Dios escúcheme usted, tío...

-Nada, nada escucho, Luis... digo y repito que sin más dilación se ha de celebrar esta misma noche el contrato.

-Y yo me afirmo -repuso seriamente el conde- en que mi prima Matilde sea absolutamente libre para decidirse a favor mío, o de cualquiera otro a quien juzgue más digno de sus prendas. De lo contrario, con harto dolor de mi corazón desapareceré de la quinta, y nunca más me verán por su delicioso recinto.

-¡Amigo mío, cuán generoso eres! -decía Leonor.

-¡Amigo mío, cuán indigna soy de usted! -repetía Matilde.

-¡Y tú también te amohíñas, y te enojas, querido Luis! -exclamaba al propio tiempo don Alberto- ¡Válgame Dios! Todos os volvéis contra mí, todos contra el pobre anciano...¿y por qué?... porque se empeña en haceros eternamente felices.

Capítulo VI

Continuación del precedente

Determinado don Alberto a verificar el matrimonio sin la menor dilación, no quiso atender a las súplicas de su sobrino ni a las lágrimas de su hija. Persuadido de que la felicidad de Matilde dependía de este enlace, desplegaba el mayor tesón en apresurarlo; y aunque ya no le quedase duda de la absoluta repugnancia de la doncella, creíala efecto de una antipatía pueril o de un capricho, y miraba como obligación suya romper por todo y no meterse en escrúpulos de monja, cuando nada menos se trataba que de acreditarse de buen padre y de hombre capaz de establecer cuerda y ventajosamente la familia.

Sin embargo, no procedió en aquel mismo día a la conclusión de tan grave asunto, ya por la distancia a que se hallaban de la capital de la provincia, ya por haber visto que su precipitación había desazonado a Matilde hasta el punto de ponerla enferma. Resolvió aguardar cosa de una semana, conferenciar en el ínterin con su prudente sobrino, y ver el modo de llevar a debido efecto este matrimonio sin ruidos, alborotos, disensiones domésticas, súbitas pataletas, ni demás lances que trae consigo el mal forjado empeño de obrar sin reflexión ni madurez. Y mientras entendía en esto, quiso ocuparse también de la alianza entre Leonor y Perceval, repasando con respecto a éste los informes que había mandado pedir por el conducto de su amado brigadier. Desanimábale que hubiese salido mentiroso el galán don Federico en lo que dijo de haber sido íntimo del conde de Almanza, pues al verse encarar con el ilustre guerrero a quien dieron sus hazañas este título, tuvo que recurrir a la excusa de que su amigo era otro militar que llevaba el mismo dictado. Nadie trató de abochornarle echándole en cara lo falso de esta suposición; pero todos conocieron que se lo imponía la fatua pretensión de haber querido pasar por amigo y compañero del bravo coronel que tanto se distinguiera en la batalla de Vitoria.

Los informes exigidos por el brigadier a los oficiales gaditanos de su regimiento no tardaron en llegar. Según ellos, Federico Perceval, hijo de una familia de Cádiz bastante conocida por tener tienda abierta de varios géneros, disipó en poco tiempo su legítima hacienda haciendo frecuentes viajes a Madrid y gastando en el regimiento con una esplendidez poco correspondiente a sus haberes. Parece que llevado de la esperanza de casarse con una señora, aunque muy entrada en años, extremadamente rica, dejó el servicio militar, queriendo por medio de este himeneo recuperar las riquezas que había desperdiciado; pero la tienda de su padre echó tal borrón a su alcurnia, que desvaneció en un momento la pasión de la insensata dueña, y quedó mi hombre, como suele decirse, sin hogar y sin bandera. Desde entonces no tuvo más arbitrio que andar de Ceca en Meca atisbando viudas, persuadiendo doncellas, suavizando padres y tutores, y buscando en fin alguna persona menos escrupulosa o ladina que la pícara vieja, que no pudo digerir el palitroque de la tienda. Lo más curioso del caso era que, o por satisfacer su natural vanidad, o por figurarse que fuese más conveniente a sus miras, entraba en cualquiera parte con aires de gran señor, y refería sus desgracias, ponderaba la rancia antigüedad de sus pergaminos, el venerable carácter de sus abuelos, deslumbrando a los incautos, embaucando a los tontos, y dejando para los discretos cierto olor a petardo y a miseria. Por lo demás, sus inclinaciones no eran del todo perversas, de manera que descortezándolo y quitándole ese barniz de fatuidad, podía aún sacarse partido de su despejado caletre con sólo ponerlo en ocasión de lucirlo en alguna honorífica carrera.

Estos informes desconcertaron el ánimo que había hecho don Alberto de enlazar en santo nudo a Perceval y Leonor. Pesábale en extremo desbaratar un matrimonio, fraguado en su testaruda mollera para halagar la amorosa inclinación que creyó advertir en la muchacha, y recompensar las oficiosas atenciones que debía al caballero. Bien es cierto que la esperanza que daban de poder todavía aprovechar su agudeza natural, le movía casi a sujetarlo a la prueba; pero desechó semejante idea como perjudicial al futuro bienestar de su candorosa sobrina, y atúvose a su primer pensamiento de alejarlo de la casa, y cortar con él toda suerte de conexiones. Resuelto ya, sólo estaba espiando una ocasión propicia en que limpiarla de su aliñada personita, y quedar por consiguiente más suelto y desembarazado para volver todo su aquel a la boda del brigadier con Matilde.

Entre tanto esta joven no podía menos de admirar el hidalgo y generoso comportamiento de su primo. Cuanto más lo veía y estudiaba, reconocía nuevas prendas en él y nuevos motivos de respetarle y quererle. A pesar de lo ocurrido, lejos de manifestarse con ella áspero o desdeñoso, tratábala con más blandura, con más persuasión y agrado, manifestándose, si no amante apasionado y tierno, franco y desinteresado amigo. Sorprendíale la profunda tristeza de su prima, y el notar en sus palabras y modales cierta reserva no tanto ya dimanada de la propia convicción de su ascendiente y sus gracias, como hija de alguna pena interior no menos disimulada que afflictiva; bien que, lejos ahora de evitar su presencia, mostraba complacerse a su lado, y aún buscaba algunas veces su encuentro. No obstante tales demostraciones de buena amistad e inteligencia, sorprendióse viéndola entrar una mañana en su cuarto y anunciarle que le deseaba hablar sin testigos.

-¿A mí, señorita? -dijo el joven.

-A usted, puesto que en nadie resplandece tanta generosidad y virtud. Conozco que mi desvío causa la desgracia de un anciano a quien todo lo debo, al propio tiempo que me hace pasar con usted por una muchacha ingrata o puerilmente caprichosa. ¡Ah! No soy lo uno ni lo otro; y admiro tanto las nobilísimas calidades que le recomiendan, como me desplacían en otro tiempo los efectos de una educación sólida, considerada por mí como vulgar y plebeya.

-¡Amiga mía! ¡Dulce e inconsiderada amiga! Hábleme usted sin repugnancia y sin empacho en caso de que necesite alguno que tierna y apasionadamente la proteja. Tal vez ni mi presencia ni mis palabras revelan toda la bondad de mi corazón; pero póngalo usted a prueba, Matilde, y no se quejará, lo juro, de haberme hecho depositarlo de sus secretos.

-Parece -dijo Matilde- que mi padre ha recibido por conducto de usted informes no muy satisfactorios concernientes al señor de Perceval.

-Y que lo ponen en un predicamento muy poco favorable, pues casi lo hacen pasar por un caballero de industria.

-¡Cielos! -exclamó Matilde- ¿Sería cierto? Acaso lo calumnian; acaso, amado primo, lo denigran, porque no es dado a todos distinguirse como usted, ni granjearse el aprecio de cuantos nos rodean, ni...

-Conozco que es a usted sensible esta desgracia, por cuanto va en ella embebida la de una persona tan candorosa e inocente como nuestra prima Leonor; pero las noticias son duplicadas, exactísimos los datos, y las personas que los franquean merecen toda mi confianza.

-¿Luego no hay que esperar? ¿Luego no queda otro recurso que mirarlo como un hombre de poca delicadeza, un falsario, un seductor...?

-A lo menos, si no del todo, pudieran acomodársele en gran parte estos dictados.

-¡En gran parte! Amado primo; ¡en gran parte...

-Dígolo en razón a que llegamos a tiempo para que Leonor no sea víctima de sus planes.

-¿Y qué diría usted como supiese que no a ella sino a mí se hubiesen dirigido sus obsequios?

-Que don Alberto y Leonor y yo y todos nos habíamos equivocado groseramente.

-Sí señor -exclamó la joven echándose en el sofá- se han equivocado ustedes; y este hombre, este petardista, este supuesto grande, este insidioso seductor... hace ya cuatro meses que es mi marido...

-¡Marido de usted!

-Con todas las ceremonias de costumbre, verificadas en el mismo oratorio de la quinta, a presencia de testigos, y bajo la autorización del cura de la capilla. ¡Ay de mí! Mi propia imaginación me ha perdido... Yo, que veía en su persona cuanto ofrece de más culto la nobleza, de más delicado la sociedad, de más pundonoroso la milicia, sólo ya contemplo en él un hombre deshonorado y ruin, abusando con estudiada blandura de una joven poco cauta y de un complaciente anciano que idolatraba en ella.

-¡Matilde! ¡Amiga mía! No se desasosiegue usted: el mal es irremediable, y esos suspiros, ese desorden, esas lágrimas no harán más que desazonarla a usted y desazonarnos a todos. Mis deseos serían retarlo, echarle el guante, castigar su impúdica osadía; pero el esposo de Matilde, el esposo de una joven tan linda y apreciable merece otra consideración y otros favores.

-¡Infame...! Bien que ocupada siempre de lecturas frívolas, bien que apasionada a las fugitivas ilusiones de la juventud primera, mi corazón permanecía recto y sencillo, obediente siempre a la voz paternal, sumiso a los preceptos de la religión... ¡Ah! No siento mi deshonor, no el sacrificio de mis dichas ni el vergonzoso delito de haber cedido a una seducción que carece de disculpa, sino el fiero golpe que va a recibir ese anciano respetable, cuya carrera no ha sido más que una serie de beneficios y de virtudes.

-¡Ah! Sí: no trataré de disimular a usted, pues sería en balde, que semejante contratiempo colmará de indignación y disgusto al indulgente don Alberto; pero me echaré a sus plantas, abrazaré sus rodillas, prometeré, si es necesario, dejar inmediatamente el servicio, y no salir de la quinta, y formar parte de la familia, a trueque de que la perdone a usted y bendiga un matrimonio indiscreto.

-¡Hombre generoso...!

-Y si pareciera más acertado dar al señor de Perceval un medio de volver por sí mismo y presentarse al mundo con algún prestigio, lo colocaré en mi regimiento, avivaré su estímulo, elogiaré su audacia, y a lo menos nadie podrá reconocer en el esposo de Matilde el antiguo petardista ni el infatuado tendero.

-Y yo ¿qué haré para manifestar a usted el exaltado agradecimiento que su corazón magnánimo me inspira? ¡Ay de mí! Un medio, un solo medio me queda con que pagar tan sagrada deuda, pero costoso, sí, sumamente costoso a mi alma desde que se halla como suspensa admirando al primero de los hombres en el que locamente suponía incapaz de elevados sentimientos.

Al decir esto quedóse en el mismo sofá apoyada en la mano la mejilla, y melancólicamente embebida en tristes cavilaciones. Contemplóla don Luis algunos instantes compadeciendo su deplorable situación, pero entrando al mismo tiempo Perceval con aire algo suspicaz y descortés, salióse del aposento temiendo no ser dueño de sí mismo al encontrarse tan de sopetón con el seductor de Matilde.

Capítulo VII

Primer resultado de los matrimonios que endilgan las señoritas de hogaño

Quedáronse pues los dos esposos en absoluta libertad; y no hallándose reprimidos por las trabas que ante los demás les imponía la necesidad de no divulgar su secreto, hubo entre ellos la conversación siguiente:

-Siento mucho, señorita -dijo Perceval mirando de través la tristeza de su esposa- haber venido a interrumpir un coloquio que según todas las apariencias había de ser sentimental y dulcísimo. Sepa usted, sin embargo, que ese señor brigadier, cuyo mérito no disputo, tiene entre sus muchos talentos el de fastidiarme completamente.

- Qué es lo que dices? -exclamó sorprendida la hija de don Alberto.

-Que antes eras de mi propio dictamen, y que de repente has mudado de parecer, y que todo esto me desplace y me seca de un modo muy particular.

-¿Y así ultrajas, amigo mío, al más noble y generoso de los hombres?

-Ni pruebas tengo de su nobleza ni de su generosidad; observo sí, que desde que aboga por su propia causa no hay quien le profese aversión ni repugnancia, antes bien procuran todos halagarle y complacerle.

-¿Y qué quiere usted decir con esto? -opuso algo enojada Matilde.

-Que cuando se ama con el calor y la vehemencia con que yo te quiero, todo nos hace sombra, nos parece un monte, y la acción menos culpable desasosiega y desazona como se aparte algún tanto de la línea natural.

-Pues ¿qué pruebas tiene usted?

-Positivas, señorita, ninguna; indirectas, muchísimas. Más que nunca me he estado fastidiando en el salón para deslumbrar a todos con mi pretendido amor a la Leonorcilla... Yo mismo la he servido el té, le he batido la manteca, echádole leche en la taza con esas manos pecadoras, y luego hágame usted el favor de aquel libro... tráigame aquel pañuelo... sírvase decir a Margarita que vaya a por las cartas del tío, y...

-Pues hasta ahora sufrías con gusto esas bagatelas.

-Cómo que no podía pasar por otro punto; pero es lo más gracioso del cuento, que tras de haberme perniquebrado y molido con los sobredichos recados, sin otros mil de que ahora no hago mérito, me ha llamado aparte el señor don Alberto, y con razones muy corteses, con palabras muy blandas y medidas me ha insinuado... ¿estamos?... me ha intimado, repito, que era fuerza saliese de la quinta en razón a que venían otros parientes a ocuparla.

-¡Válgame Dios! ¿A tanto llegaron sus sospechas?

-Y en esto, señorita, podrá usted reconocer otro de los muchos favores que debemos a ese primo tan noble, tan generoso y tan franco. Hasta ahora era yo el brazo derecho de mi suegro, y para decir verdad no dejaba de costarme algún sacrificio; pero desde que ese conde de nuevo cuño amaneció en la quinta, todo se ha volcado patas arriba, sin que de maldita la cosa me valga arrimarle el sillón, correr por el sombrero, presentarle el peluquín, tocar la tecla del antiguo comercio con Buenos Aires, y la manoseada relación de aquel viaje a Canarias con su huracancito al canto, y...

- ¡Señor don Federico! ¿Olvida usted que estamos hablando de mi propio padre?

-Ya: pero al fin y a la postre, como decía, me echa de casa sin que sepa más porqué que el de las venenosas directas o indirectas que le habrá estado soplando nuestro muy hidalgo y muy angélico primo. Con que tómese usted la molestia de considerar si podrán ser de mi gusto esos coloquios, esas alabanzas, ese repentino paso del desdén a la confianza, de la oposición a la amistad, y si me hará buen estómago dejar a usted en su compañía mientras divague yo por esos mundos llevando a cuestras la maldición paternal. En resumidas cuentas, amiga mía: no hay que andarnos con paños calientes, sino que hoy mismo le plantas una banderilla al primito, declarando nuestro enlace a mi cachazudo suegro.

-¡Yo!... ¡Ah! No tengo valor para ello... antes prefiero morir...

-¡Qué disparate! No se mueren las gentes por tan poca cosa... Habrá aquello de ¡hija ingrata! ¡padre amado! con su poquito de lloro, y su muchito de arrullo, y al fin se acaba la fiesta con una bendición y una comida. ¡Estaríamos frescos si se pasara fastidiosamente la vida sin alguno de estos lances!... Ellos la hacen amable, la varían, la amenizan, sobre todo los viejos se mueren por que los envuelvan en semejantes morisquetas.

-Yo estoy loca, o sueño lo que por mí está pasando: oigo hablar a usted con tal ligereza de las cosas que más respeto merecen, que no dudo ya que el carácter manifestado hasta ahora no fuese más que un medio de alucinarme y comprometerme.

-No se trata aquí de alucinamientos ni de compromisos, señorita, sino de hacer pública una boda que no puede permanecer clandestina. De lo contrario, ¿parece a usted que podía gustarme andar como un trotaconventos por la comarca, mientras el primito y los parientes se estuviesen holgando acá en la quinta?

-¡Es posible! ¡Dios mío...! -dijo Matilde como si cada palabra de su esposo atravesase su pecho con un agudo puñal- ¡Es posible...! Pues bien -añadió volviéndose a don Federico- mi deber es acompañar a usted en su destierro; y por lo mismo, si don Alberto persiste en que salga de su casa, todo lo abandonaré para seguir al que ya es único dueño de mi albedrío.

-¿Y daríamos pábulo a los maldicientes con aquello de rapto, seducción y fuga? Muy bueno, muy agradable, muy novelesco, muy cuco; pero muy aéreo, muy secator y muy

incómodo. Esto de echar a correr sin llevar una blanca en el bolsillo es perjudicial a la salud, y muy contrario por consiguiente al amor.

-¿Al amor?

-Al amor, sí señora, porque no estamos en edad de suministrar un argumento a un autorcillo de comedias, sino de disfrutar, de pasarlo bien y de vivir.

-Pues no es esto lo que me aseguraba usted cuando no hacía más que ponderar el absoluto desprecio con que miraba la riqueza, y la heroica resolución que le haría sepultarse conmigo en un árido desierto.

-Sí, no hay duda, lo dije, lo repito aún, y aténgome no obstante a lo cómodo y a lo positivo, en vez de apelar a lo miserable y a lo aéreo. Conozco que un desierto será muy bueno cuando no se puede uno querer en otra parte; pero feo y así algo desapacible y desabrigadillo siempre que se encuentre medio de verificarlo en una casa de campo, por ejemplo como esta, rodeada de estanques, situada en medio de jardines, y socorrida con diez mil pesos de renta bien ensayados y limpios.

-¡Infeliz de mí! Ahora veo el hondo precipicio en que he caído, ahora el desgraciado destino con que me persigue la suerte. Pero no crea usted triunfar tan fácilmente de mi carácter como de mi necia credulidad... Por más que mi padre esté justamente enojado de mi desobediencia, no dejará de proteger la malograda suerte de su hija. Sepa usted que a nadie alucinan ya esos aires de grandeza, esos peregrinos modales con que supo darse al principio desconocida importancia...

-¡Hola! Parece que su merced se propasa, parece que olvida el respeto a que someten las leyes...

-Lo que desearía olvidar -prosiguió la joven- es que soy víctima de un falso halago, y que mi necia conducta va a causar la muerte de un anciano harto generoso con usted.

-Yo he sido, señora mía, el que se ha portado respecto de él con una generosidad poco común, hija de mi escrupuloso pundonor.

-Hija, dirá usted, de su espíritu calculista y de la precisión absoluta de buscar un modo de hacer fortuna sin tener que luchar con los inconvenientes de prolongada carrera.

-Está bien, Matilde; quiere decir, que soy un miserable, un embustero, un seductor, pero ¿dejarás por esto de hallarte bajo de mi autoridad y eternamente sujeta a las leyes conyugales? Piénsalo bien, amiga mía; vale más que vivamos en paz que echarnos a cada momento en cara nuestros disimulables deslices. Ea, pelillos a la mar, y dame una prueba de tu franqueza diciendo quién diablos ha olfateado el asunto de mi alcurnia.

-Mi padre ha recibido cartas que le instruyen de ello en contestación a los varios informes que había pedido.

-Ello tarde o temprano se había de descubrir, y aunque me aburre que ese primo de mal agüero haya de ser testigo de las reprensiones con que el suegro nos aturda, al fin es fuerza pasar por tan áspero barranco y hacer rostro a la secatora descarga. Supongo que se halla todavía completamente en ayunas acerca de nuestro enlace.

-No sé qué decir a esto, porque lo he confiado al brigadier a fin de tener junto a don Alberto un defensor y un amigo.

-Pues dígole a usted, señorita, que no quiero deberle el más mínimo favor. Veamos cómo se ha de arreglar esto, y que hoy mismo salga yo de tanta indecisión y embeleco. Lléveme Barrabás como esta noche no me acueste públicamente con usted: veremos si se le antoja al padre arrojarme entonces de la quinta, y si ese indigesto conde se atreve a hacer pinitos en mi presencia.

Dijo, y cerrando la puerta con enojado ímpetu desapareció de la estancia. Matilde, empero, la crédula y desdichada Matilde, permaneció allí largo rato llorando su desventura, y maldiciendo en su interior ese humor sentimental y novelesco que, apoderándose de las jóvenes de nuestro siglo, las hace caer en las garras del primer descabellado espadachín que se propone seducirlas.

Capítulo VIII

Justa desconfianza de las doncellas de antaño

El caso es que, a pesar de las amenazas de Perceval, ni su esposa ni su primo se atrevieron a dar cuenta a don Alberto de lo que pasaba en la quinta. Sin embargo, el buen señor echaba indirecta sobre indirecta a fin de que el oculto marido de su hija abandonase la comarca, con lo cual exaltábasele la bilis a don Federico, y no hacía más que afligir con reflexiones y pinturas a su malograda consorte. La cosa se iba haciendo crítica, porque al mismo tiempo entendíase don Alberto con un escribano de Granada y con otros caballeros, que elegía por testigos, a fin de apresurar la boda y tenerlo todo corriente en muy breves días. Por lo que hace a Leonor, estos rápidos preparativos aumentaban de tal suerte su tristeza, que ya no asomaba en sus labios aquella sonrisa tan amable y jovial, verdadera imagen de la tranquilidad de su alma, ni se advertía en sus acciones y palabras la naturalidad y las ocurrencias que formaron otras veces la gala y la diversión de toda la familia.

-Escucha, hija mía -díjole en cierta ocasión su primo don Luis- Me parece que andas desacertada o poco cuerda en tomar las cosas con sobrado empeño, y quisiera que haciendo un esfuerzo sobre ti misma prescindieses de lo que no tiene remedio.

-¿Qué quieres decirme? -preguntó Leonor.

-Que esa melancolía, esa taciturnidad, esas lágrimas, de nada sirven cuando se nota en los hombres algún caprichoso desvío.

-¿Y eres tú el que debiera hablarme en tales términos? ¿Tú, amigo mío, el que me echase una plática tan poco digna de la inocente ternura de mi pecho?

-Sin duda alguna, como que soy el que más apetece tu felicidad y tu reposo.

-¡Ay de mí! -respondió llorando- por desgracia esta misma felicidad únicamente depende de vivir unida al hombre a quien amo con desinterés y pasión. Conozco que es imposible nuestro enlace, porque nunca le perdonaría el mundo haberse humillado a tomar la mano de una huérfana infeliz, sin riquezas, condecoraciones, ni títulos; que desdeñada de las gentes, aborrecida de él mismo, sería para todos un objeto de aversión y de desprecio: y no obstante, tal es la fuerza de mi cariño, tal, amigo mío, la debilidad de mi corazón, que no puedo resignarme al duro destino de verlo acariciando a otra.

-¡Pobre Leonor! -exclamó el brigadier tomándole una mano.

-Desde ahora deja de tener el mundo el menor atractivo para mí: quisiera huir, encerrarme en un claustro, y que te empeñases para ello con mi tío don Alberto.

-¿Yo, amiga mía...? ¿Exigirías de mí que contribuyera a que eternamente nos dejaras?

-A lo menos bajo las silenciosas bóvedas de un monasterio hallaré algún alivio en las dulzuras de la religión y en aquellos lúgubres objetos tan conformes al melancólico enajenamiento de mi espíritu.

-Pero ven acá, Leonor... ¿Tanto ha de poder contigo un malogrado cariño...? ¿Ni la confianza de Matilde, ni el bondadoso carácter de don Alberto, ni la amistad, la ardiente amistad de tu infeliz primo han de ser suficientes para que puedas sobrellevar con noble esfuerzo tu desgracia? Piénsalo mejor, hija mía; y enjuga ahora esas lágrimas que corren por tu semblante, pues se acerca el tío y no es justo que le aflijamos.

¡Ingrato!, decía interiormente Leonor mientras se iba aproximando don Alberto... ¡Hablarle con tanto desprendimiento...! ¡Con tan disimulada ternura...! Como si no fuese él mismo la causa de mis males...! Como si no estuviera sobrado cierto de que me faltará valor para verlo enlazado con Matilde...!

Apenas hubo pronunciado estas palabras salióse de la estancia a fin de que no advirtiese don Alberto la desazón de su ánimo. Fuese a dar una vuelta por los jardines y descubrió a Matilde que se paseaba por ellos entregada como de costumbre a sus solitarias reflexiones. Leonor estuvo mirándola largo espacio sin comprender cuál fuese la causa de su extremado abatimiento, pues creía de buena fe que la persona próxima a enlazarse con su hidalgo y pundonoroso primo era la más afortunada del universo. Con todo, proseguía Matilde silenciosamente su paseo sin reparar en Leonor ni en cosa alguna, llena de cavilación, desaliento y pesadumbre. Muy pronto asomó don Luis por la misma calle en que divagaba la hermosísima heredera; y corriendo a su encuentro, empezaron a hablar los dos en voz

baja, pero con singulares muestras de grande interés y ahínco. El alma sensible y enamorada de Leonor no pudo resistir aquel espectáculo, por lo que penetrada de angustia enjugó una lágrima que saltaba de sus ojos, y tomando una dirección opuesta alejóse rápidamente de aquel sitio.

A lo menos, decía para sí, no turbe mi presencia la felicidad de que disfrutan; a lo menos vivan entregados a toda suerte de delicias, y nunca se les ofrezca la víctima de un amor descabellado e indiscreto. ¡Ay de mí! Conozco que el cielo justamente me castiga por haber colocado mis pensamientos con presunción imperdonable en un hombre de quien por todos títulos soy indigna. ¡Qué no dirían las gentes si adivinasen el secreto estímulo, la plácida desazón que alimentaba mis necias esperanzas...! Huyamos de una familia a la que sólo debo beneficios, y en la que sembraría desolaciones y tristezas como descubriese el hondo pesar que devora mis entrañas.

Así diciendo encaminóse indeterminadamente por una senda que la sacó fuera del jardín y la condujo al reducido templo que servía de oratorio a los habitantes de la quinta. Era una capilla construida poco después de la conquista por los primeros virreyes cristianos que sucedieron al débil y afeminado Boabdil. En razón a su venerable antigüedad y al gracioso arranque de sus bóvedas conservábala don Alberto en su primitiva forma, y no pocas veces se complacía meditando dentro de su lóbrego recinto el valor que desplegaron los antiguos adalides de Castilla para sacudir el yugo de los pueblos berberiscos. De consiguiente, formaba este edificio singular contraste con las líneas de la arquitectura moderna que se advertían en el frontispicio de la quinta, y con la forma griega de los templetos, cúpulas y cenadores que decoraban los jardines. Componíase la fachada de un solo arco, sobremanera sencillo, adornado con una imagen tosca de la Virgen en medio de dos ventanas colaterales con vidrios de mil colores para dar más misterio y recogimiento a lo interior de la capilla. Sostenían allí la bóveda cuatro delgadas y primorosas columnas; y algunas urnas sepulcrales, colocadas en varios nichos practicados en las compactas paredes, servían de ornato al edificio, y dábanle un aire de antigüedad y respeto muy conforme a la época de su fundación y al orden de su arquitectura. Descubríanse aún en muchas de ellas caballeros armados de punta en blanco tendidos sobre la losa fúnebre, o nobles matronas puestas de rodillas orando al parecer por el descanso de aquellos intrépidos caudillos. Escudos de diferente forma, pero igualmente cargados de blasones y trofeos, coronaban la parte superior de tales nichos; y el sinnúmero de turbantes, crecientes lunas, y testas moriscas que llevaban sus cuarteles, revelaban la pujanza y el religioso aliento de los célebres varones que merecieron por sus altos hechos tan condecorados timbres. Añádase a lo dicho la oscuridad y el silencio de aquel templo, la importancia que alcanzaba en las cercanías tanto por el sitio a donde acudían para los divinos oficios los pueblos de la comarca, como por tener competentemente dotados algunos eclesiásticos a su servicio; y se podrá concebir la veneración con que era mirado de todos, y más particularmente de los habitantes de la quinta.

Conversación sumamente original de tres gitanas

Con la angustia que oprimía el pecho de Leonor y las ideas de claustro y de retiro que desde algunos días la ocupaban, no podía menos de causar grande impresión en ella aquel inesperado término de su solitario paseo. Figuróse que favoreciendo la Providencia sus miras, la llevaba a tan sagrado asilo como para persuadirla a que dejase el mundo, y buscase en la quietud del claustro la tranquilidad de ánimo que procurarla no pudieron la ingenuidad de su carácter ni la inocencia de su conducta. Subió pues apresuradamente los tres escalones de la capilla, y metióse en ella dando al paso limosna a unas andrajosas viejas que humildemente la pedían sentadas al mismo umbral de la puerta. Apenas se halló dentro púsose de rodillas con objeto de ofrecer al Todopoderoso el inocente sacrificio de sus propias inclinaciones; y hubiera pronunciado sin duda el terrible juramento, que para un alma cándida cual la suya fuera más que suficiente al efecto de encerrarla en un monasterio, a no haberla distraído la conversación que tenían entre tanto las tres viejas pordioseras desde la parte de afuera.

-¿Qué es lo que dices ahora? -gritaba la una en tono de reprensión a su compañera- ¿Anduve o no anduve acertada en mi pronóstico? Vaya, habla, mujer: veamos si aún te atreves a compararme con ese sucio pingajo de la tía Carátula en lo que atañe a las cosas de mi arte.

-Digo -respondió la otra con voz destemplada y cascarrona- que no andas fuera de tino por lo que respecta a esta pobre niña que tan devotamente se ha entrado en la iglesia; mas no por esto dejo de tener muchísima fe en los vaticinios de la tía Carátula y en sus diabólicos conjuros.

-¡Pues malditas seáis las dos! ¿Qué ha hecho hasta el día de hoy para cobrar ese crédito?

-¿Qué ha hecho, hermana? -observó la vieja que aún no había tomado cartas en la conversación- Ahí es una friolera; yo misma presencié como anunciaba al mercader de Motril que si seguía andando por la falda de la sierra le saldrían ladrones antes que llegase a la venta. Ella fue la que previno al cosechero de Málaga sobre la recia tormenta que le arrancaría de cuajo las cepas de sus dilatadas vides, y la que prometió pingüe capellanía a don Silvestre cuando no era más que simple sacristán de monjas. Ahora, si estas y otras muchas cosas no dan a la tía Carátula un razonable crédito entre las más ladinas gitanas del contorno, dígotte Marta, que alcanzo poco de achaque de hechicerías.

-Y tan poco -repuso Marta- que un aprendiz de saludador sería muy suficiente para hacerte perder el juicio. Ven acá, desmemoriada: ¿quién disimuló tus canas, suavizó tus arrugas y dio al incómodo chillido de tu voz un metal apacible y sonoro, si no esa misma pecadora que te está hablando? Pues ¿no te acuerdas ya de cuando quisiste pasar por moza, y alucinar con el blando meneo de tu cuerpo al rico tabernero que vino para recuperar la salud hará cosa de seis años? No niego algún tanto de manejo a la Carátula; pero hoy mismo se cumpla el plazo de que me lleven los diablos si no me atreviese a sonrojarla a sus mismas barbas.

-Mucho decir es ese, Marta, puesto que para afrentar y provocar a la Carátula se necesita un corazón lleno de cerdas.

-Como no tuviera yo aliento para empresas de más sustancia, maldito si me valía tres ducados al año este peligroso oficio. A la media noche quisiera yo ver a la tía esa corriendo los campos como yo en tiempos que cuelgan a algún malhechor para sacarle los dientes y arrancarle los cabellos. Porque has de saber, boba, que la que logra quedarse con tales ingredientes antes que penda el cadáver veinticuatro horas en la horca, no hay para qué recele que desligue alma viviente sus venenosos maleficios.

-¡Oiga...! he aquí porque te saliste aquella noche del pajar sin embargo de la bárbara tormenta que corría.

-Mucho; y si te confiase la que armé no pondrías en duda cuanto te llevo indicado acerca de los señores de la quinta.

-Paréceme que empiezo a columbrar lo mucho que vales, y digo que la tía Carátula debía tenerse por muy dichosa de barrer con la lengua el polvo de tus abarcas. Pero cuéntame por tu vida ese extraño maleficio, que no podrá menos de darnos lección y entretenimiento.

-El caso es que lavando, hace ya muchos meses, en el Torrente del Avestruz en días que pasaba muy rápido, asomó a deshora por el lado opuesto un caballero tan galán y airoso, que se atrajo al momento mi atención, haciendo nacer en mi pecho el desesperado deseo de remozarme, peinar rizados bucles en vez de ásperas canas, y seducir todavía con mi juvenil donaire en lugar de haber de arrastrarme apoyado el corvo cuerpo en ese robusto báculo.

-¿Y lo lograste, comadre?

-No, simple: no hay arte para tanto, en razón a que está el mulo muy cascado y hediondo; pero juré a lo menos en lo interior de mi ánima servir con todos mis alcances a tan cumplido y elegante mozo. Pues señor; con un secreto conjuro que pronuncié allí mismo obliguéle a entrar en conversación conmigo, y preguntóme con mucho halago si dirigirle sabría al vado por donde más en breve llegase a casa de don Alberto. Por supuesto que me ofrecí con apacible talante a su servicio; y como a nosotras nada se nos oculta, a pocas vueltas vine en conocimiento de como andaba perdido de amores por esa estirada rapaza que llegó de luengas tierras.

-Por Matilde dirás, buena Marta.

-Por Matilde, y tú has de ver con el tiempo como todo se hace público.

-Pues proseguid, hermana, que se nos cae la baba de escucharos: quiera Dios haya pronto buena boda y buen entierro, y podamos pillar razonable limosna, o por lo menos sabrosa y abundante merienda.

-Cachaza, Úrsula, que ni la boda ha de faltar, ni a su tiempo tal difunto, que en tropel acuda a las honras cuanta gente pordiosea desde Motril a Granada.

-Huelgo de saberlo; pero veamos en qué paró lo del gallardo mozalbete.

-A eso voy, curiosa hembra. Al advertirlo pues tan perdidamente flechado, me le ofrecí para enterarle de los pormenores de la casa y ponerle como un guante el rabioso can de la vieja Margarita; y como se precia de liberal en extremo, regalóme veinte reales con los que me equipé de aquel jubón que llevaba de plañidera en las honras del alcalde de Almuñécar, y compré unos alicates, cuatro cabos de vela, y el farol que me servía para salir del pajar tan a deshora. Todo mi afán era que hubiese ahorcado por la cercanías, a fin de preparar mis conjuros. Favorecióme la suerte con haber echado la garra la señora justicia al intrépido Talega, ladrón el más bellaco y cruel de esta comarca. Ni a nosotras perdonaba el muy infame, siete veces azotado; pues que no pudiendo robarnos, nos insultaba y escarneaba por esos caminos reales. Colgáronle en fin para escarmiento de pícaros, y en cuanto dio la media noche miré si estabais durmiendo, y abrí la puerta quedito, y eché unas yescas y encendí el farol, y... pero ¡ay hermanas!... que estaba la noche como garganta de lobo en punto a lóbrega y borrascosa, y a cada paso me parecía tropezar con un hoyo, no que con un barranco, tal vez contra una fantasma que me iban a causar la mutilación o la muerte. La negra honrilla y el deseo de hacer bien me sostuvieron en tan apurado trance, de suerte que no volví pie atrás, antes con no visto desnudo enderecé mis pasos hacia el apartado sitio donde bamboleaba colgado de alta horca el inmundito cadáver de Talega. Viendo, sin embargo, al levantar la luz para tomarle el alcance su rostro desencajado y lívido, el hediondo gesto y la asperísima cabellera, me cogió una alferecía, y empecé a dar diente con diente cual si fuese llegada mi última hora.

-¡Qué horror! -exclamaron a un tiempo las dos viejas arrimándose mucho a la supersticiosa gitana.

-Pues no fue esto lo más terrible, comadres, sino que me pareció como si aquel sucio espantajo abriese los ojos para mirarme, menease los labios para reprenderme, levantase los brazos para herirme, y...

-¿Y no echaste a correr?

-¿Qué es correr? Allí me mantuve más arraigada que la Giralda de Sevilla, hasta que recobrando la serenidad y hostigada por el cebo de la maldita ganancia, arrojéme furiosa al cadáver fétido, y cual si luchase con él a puños bocados le desgarré los vestidos, y arranquéle los dientes y los cabellos, y un pedazo de la pringada soga con que le apretaron los verdugos el gáznate por hombre sin ley, codiciador de ajenas bolsas y vidas. Confieso que en medio de esta operación infernal salió de entre los árboles un tristísimo suspiro, y arrojaron las nubes tan inesperado trueno, que a pesar de toda mi audacia y sangre fría deslicéme bonitamente por las estiradas piernas del ahorcado, y en cuanto puse la punta de los pies en la tierra empecé a correr de tal modo que no me alcanzara el más ágil podenco de todo el reino.

-¿Y suspiró en efecto?

-No sé que decirte, Brígida; pero paréceme que se resintió de veras de la violencia con que yo le arrancaba la recia dentadura.

-Te aseguro que sólo de oírte, ¡oh Marta!, se me ponen los pelos de punta; mal año para la tía Carátula y aún para su maestra la bellaca Celestina, la propia que pasearon en triunfo por las calles de Granada, en orden a llevar a debido efecto una acción que se ha considerado siempre como el último esfuerzo de la gitanesca brujería. Ahora bien: doy por supuesto que cargaste con las apestadas reliquias de Talega, y las escondiste en el pajar y armaste a deshora un bárbaro maleficio; ¿cuál fue el éxito de tan espinoso trabajo?

-El que debía esperarse. Poco me curaba de saber ya lo que pasaba en la quinta, harto segura de lo infalible de mi medicina: sólo de cuando en cuando asomaba por allí para recibir albricias del caballero, contar a la dama mil lindezas y liberalidades suyas, y persuadir a Margarita que en él les guardaba el cielo un fecundísimo tesoro. Todo iba, como digo, a las mil maravillas, cuando una noche al recogerme, como tenemos de costumbre, en el pajar, acerté a pasar por enfrente de esta misma capilla y parecióme vislumbrar alguna luz por las sutiles rendijas de la puerta. Subo de un brinco esos toscos escalones, póngome en acecho, y descubro por el hueco de la cerradura a la señorita Matilde que con lento y atentado paso se dirigía al presbiterio. Aguardábanla allí el sacristán y el cura, mientras el amable caballero del torrente le daba la mano, la animaba, la arrullaba, la persuadía, hasta llevarla a las mismas plantas del sacerdote donde recibieron entrambos la bendición nupcial. ¡Oh! y cómo aplaudí entonces mi esfuerzo y el recóndito secreto del maleficio. Bien se me alcanzó que la cosa iba de oculto, por lo que no falté al día siguiente a la quinta para felicitar secretamente al caballero. Suspenso se quedó de tal noticia; y tanto para que callase como para remunerar mis servicios, regalóme espléndido, y aún me prometió otras holganzas si continuaba en ser discreta.

-¡Vaya con la señora Marta! ¡Y qué mina hallasteis tan inesperada y fecunda!

-Pues oiga, hermana, mi buen trabajo me cuesta: tome el farol y pruébelo, a ver si no le flaquean las piernas cuando perciba a lo lejos y en medio de las tinieblas nocturnas la mala peste que arrojan de sí los ahorcados.

-Digo -replicó Brígida- que la señora Marta tiene razón en cuanto a que su hacienda es fruto legítimo de sus sudores; mas no por eso debía dejar de hacernos merced, siquiera de una saya de bayeta, o alguna manta verde en que abrigarnos cuando repita la estación sus inclemencias.

-No procedí yo de esta suerte cuando me deparó la fortuna un protector de tanto aquel como el contrabandista Becerra.

-Pues montas -insistió la Brígida- que nos has de regalar, comadre, o de lo contrario ya puedes echar a mi lengua cien candados. ¡Bonita soy yo para dejar de cumplir con mis deberes de cristiana, y aguantar tales embelecocos contra un señor tan caritativo como el amo de la quinta!

No haya más, comadres, que yo prometo agasajaros con dos onzas del tabaco que le robé tiempo atrás a Fray Ambrosio, el limosnero capuchino que suele recorrer esos pueblos tan provisto de santas amonestaciones para los adultos, de consejos para los ancianos, y de estampitas para los niños. Al canto su par de medias azules bien remendadas y limpias; y si no me muestro más garbosa, atribuidlo a que ese pendón de mi hija me roba cuanto me encuentra.

-Basta con lo dicho, Marta; y si otra vez te regalasen los novios, no andarás tan escasa con tus amigas.

-Por supuesto: así se me presentara ocasión de hacerles merced como aquella en que cierta hembra de mi rancho previno, según supe después, al perfumado señorito, que en la feria de ahí de Alama estaban alborotadas las gentes hasta haber insultado al mismo don Alberto. Todavía el otro no se había presentado en la quinta, pero iba a caza de ocasión propicia para ello; y asiendo de los cabellos la que se le anunciaba, corrió a la feria, y sacó la cara por el viejo, y gritó más que nadie, y todos se le pusieron tamañitos, de modo que se granjeó el agradecimiento de don Alberto y la admiración de toda su familia.

-Pues no dejaría de untarle las manos por tan señalado favor.

-Pero era la hija del torero Malamuerte, y por consiguiente como si lo hubiese tomado el mismo diablo.

-¡El diantre de la rapaza! Porque se ve con un palmito de cara y más erguida que un ciprés, no piensa más que en pulirse y repulirse, concurrir a las ferias, bailar el zorongo, repiquetear la cachucha, y consultar el aliño de su preciada personita con todos los arroyuelos de la comarca.

-He aquí porqué le deseo el mismo fin que a la orgullosa Matilde, así como mucho amor y muchísima buenandanza a la angelical doncella que está orando en la capilla.

Capítulo X

Nueva sorpresa

Aún siguieron hablando un buen espacio las tres viejas, dando pábulo con su charla a la curiosidad de Leonor, que no menos aterrada que curiosa aplicaba el oído a sus palabras. Horrorizóronla las descripciones de la infame Marta, confundióronla las extrañas especies que vertía, pero figurósele todo un atajo de mal forjadas mentiras al efecto de captarse la grosera admiración de sus comadres. ¿Cómo había de persuadirse el enlace que entre Matilde y Perceval suponía, sabiendo a no poder dudarlo que estaba próxima a casarse con su primo? Comenzó con todo a hacer alto en los fingidos obsequios del galán forastero, en la clase de inteligencia que reinaba entre él y su prima; a lo que añadiendo mil y mil lances y circunstancias, insignificantes al parecer, pero muy significativas desde entonces, entró la

duda en su pecho y púsose a meditar seriamente en el asunto. Tampoco echó en saco roto la escena del cenador, el abatimiento que aquella misma tarde había observado en Matilde, y mucho menos haberla visto por la mañana ante el retrato de don Luis colgado en la galería verde, y mirarlo con singular ternura, y correr al mismo tiempo por su desmejorado semblante tal cual lágrima fugitiva. Este último recuerdo levantaba nuevas dudas y abría inmenso campo a su espíritu para sutiles y enredadas cavilaciones.

Conocíase además infeliz y desgraciada, pensaba con mucha modestia de sí misma, y vino por fin a fijarse en que Matilde estaba enamorada de don Luis, que el enlace se iba a celebrar sin tardanza, y que la parla de las gitanas no era más que un tejido de bellaquerías y embustes.

En esto hacíase de noche; y la capilla, únicamente alumbrada por dos lámparas semicirculares que colgaban de la bóveda, estaba ya sumergida en las más densas tinieblas. Asustóse de verse sola en aquel sombrío recinto, y al levantarse para volver a la casa la detuvieron a deshora unos tristísimos ayes que detrás del altar mayor se percibían. Una puerta había en aquel lado, pero sólo para los habitantes de la quinta en razón a que facilitaba el paso a las escaleras de caracol que conducían a la tribuna. Extrañó por consiguiente que alguno se hubiese introducido por ella, puesto que sólo don Alberto tenía la llave; y en la sospecha de si fuese individuo de la familia, anduvo vacilando entre huir o quedarse, a tiempo que la sorprendieron varias exclamaciones en cuyo eco reconoció al momento el metal de voz de su tío. Sin hacer el menor ruido deslizóse por entre las columnas y púsose en paraje donde poder oír lo que hablaban, por si era cosa que reclamase la asistencia de los habitantes de la quinta. Allí, pues, envuelta en las mismas sombras de la capilla, agobiado el corazón y llena la mente de lóbregas ilusiones, escuchó con sobresalto al principio y con gran sorpresa después las siguientes palabras:

-Nada me digas -exclamaba don Alberto- tu generosidad no hace más que aumentar ante mis ojos su criminal desenvoltura: déjame recoger mi espíritu en el religioso seno de esta capilla, e implorar siquiera de la misericordia divina el consuelo que me niega una hija desobediente e ingrata.

-Con todo, tío -respondió afectuosamente don Luis- paréceme que mi amor y mi respeto valen algo más que la repugnancia y aversión que usted me muestra. Conozco el agudo golpe que ha recibido usted; pero toda vez que Matilde está arrepentida, y que prueba ya en este mismo momento toda la amargura de su desgracia y los remordimientos de su conducta, sería una crueldad desesperarla y aburrirla con ofrecer a sus ojos la más terrible consecuencia de sus juveniles errores.

-¡Y qué! -repuso el anciano- ¿No tiene harto merecido todo esto con haber burlado las esperanzas del más tierno de los padres? ¿Qué se había negado hasta ahora a su fantasía o a sus más pueriles caprichos? ¿No era la dueña de toda mi hacienda, la que disponía de mi casa y mi persona? Déjame, déjame, hijo mío; no me persigas con importunas súplicas hasta este último asilo de los que en ninguna parte encuentran consuelo, amistad o descanso.

-Pues bien, obedeceré a una instancia tan poco conforme a la ternura de usted y a la mansa condición mía, y usted sucumbirá bajo el peso de sus cuitas, y Matilde lo acompañará a la tumba, y ese galán seductor quedará dueño de todo, y nuestra inocente prima huérfana, infeliz y abandonada en la tierra.

Aquí hizo un movimiento cual si quisiera verdaderamente salirse de la iglesia, pero don Alberto le contuvo apretándole la mano y dando franco paso a un diluvio de lágrimas. Ellas desahogaron su despecho, y sintiéndose aliviado en el momento de verterlas, volvió tiernamente los ojos a su sobrino, y soltó la voz a semejantes razones:

-Detente, hijo mío, detente; no me abandones tú también, pues no tendré entonces quien me cierre los ojos ni quien recoja mis últimos suspiros. Todavía antes que baje a la tumba quiero tentarlo todo a fin de que esa desgraciada no sea tan infeliz como a mí me ha hecho. He aquí el medio de que se acuerde de su padre así que la deje mi muerte sin apoyo en el mundo, entregada al flujo disipador del almibarado pisaverde que ha elegido. ¡Oh mengua! La hija de mis entrañas, la heredera de mis bienes, la imagen de la mujer más virtuosa que haya hecho la felicidad de un mortal, vivir sometida a un hombre sin pundonor y sin carrera, tan propio para pasar la vida entre los perfumados y cigarreros mozalbetes de un café, como indigno de granjearse el aprecio de gente grave, pundonorosa e hidalga.

-Sin embargo, no ha sido inútil la seria conversación que he tenido con él. Paréceme haber descubierto en lo íntimo de su alma ciertos resabios de pundonor, del que, con el beneplácito de usted, pues ya tengo el de Matilde, me propongo sacar un favorable partido.

-¿Y qué partido, querido Luis? ¿Quieres que se doblegue el duro tronco, cuando descuidaron de inclinarlo en tiempos de su lozanía y su verdor?

-Ya sabe usted que ha servido en el ejército, y que vive en el día con el carácter de retirado. Pues bien: yo haré que se anule tal retiro, y que con el mismo grado de teniente que tenía vuelva a servir en mi propio regimiento. Queda a mi cargo inspirarle las verdaderas ideas del pundonor militar, y conseguir por todos los medios posibles que borre de su nombre la fea tacha de calavera y petardista.

-¿Y juzgas, hijo mío, que aún puede prometerse mi desgraciada hija una suerte, si no muy próspera, por lo menos tolerable?

-Lo creo así, y que reunidos dentro de algunos años en esta misma quinta contribuiremos todos a la felicidad de usted, y a que pase sus últimos días cariñosamente halagado por la tierna solicitud de sus hijos y sus nietos.

-¡Ah! No me lisonjeo de tal dicha: acabáronse para mí los placeres de la vida, y a ti te encargo consolar a esa mal aconsejada mujer, que ya no me atrevo a nombrarte, y a suavizar el solitario abandono de mi inocente sobrina.

Abrazáronse entonces sintiendo uno y otro algún desahogo de sus penas. Don Luis había logrado al fin enterar a don Alberto de un acaecimiento tan contrario a su reposo; y el pobre señor de Ludueña hallaba en la ternura del sobrino un motivo no pequeño de consolación y

halago. Pero ¿quién podrá explicar la novedad que causó a Leonor el inesperado conocimiento de estos sucesos? Sentía hasta lo sumo la desgracia de su tío, enternecíase al ver la generosidad de don Luis, y vislumbraba un débil rayo de esperanza en orden a los inocentes movimientos de su pecho. Postróse al pie del ara y elevó al Ser Eterno una dulcísima plegaria para que se dignase desvanecer los pesares de su tío, hacer feliz a Matilde, y recompensar al conde de Almanza de los esfuerzos con que procuraba la felicidad de la familia. Fuese después en busca de su prima y abrazóla y acaricióla refiriéndola cuanto había oído, y dándola las mayores esperanzas en orden a lo venidero. No fuera tampoco muy fácil bosquejar el tierno coloquio de estas dos jóvenes: Leonor reprendía dulcemente a Matilde por no haberla considerado digna de su confianza, al paso que esta le repetía haber temido los justos reparos de su verdadera virtud. Esforzábbase aquella en asegurarle el consentimiento de don Alberto, por creer, como era natural, que estaba enamorada hasta lo sumo de su elegante esposo; pero Matilde, disimulando lo desgraciada que empezaba a ser con él, no hacía más que elogiar al brigadier, y persuadir a Leonor la vivísima pasión que casi sin pretenderlo le había sabido inspirar. Esta muchacha apenas daba crédito a tan fausto anuncio, y sólo repetía con lágrimas que era una pobre huérfana, e indigna por todos títulos de aquella ilustre alianza.

-¡Ojalá -exclamó Matilde- hubiese sido tan modesta y tan mirada com tú! Presumía demasiado de mí misma, y creí que las mujeres debían ser obsequiadas en el mundo con no menores arrebatos, mimos y genuflexiones que en las comedias.

En esto llegó el brigadier, y adelantándose Matilde le presentó a Leonor diciéndole que le cumplía la palabra de agradecerle en lo poco que podía sus señalados favores.

-Pero Leonor no puede ser feliz conmigo -dijo don Luis- pues a causa del desvío de Perceval está decidida a meterse en un convento.

-No por eso -respondió Matilde- sino porque iba usted a enlazarse con otra.

-¡Sería posible! -interrumpió con viveza- Óigalo yo de tu labio, amable niña, y dime si no es vana la ilusión que me hace concebir nuestra Matilde.

-Vamos -añadió ésta- ¿A qué vienen ahora esas lágrimas? ¿A qué el ponerse colorada y ruborosa? ¡Ay de mí! ¿Amarga tanto una alegría como el más hondo pesar...

-No, no la hostigue usted, no la violente, querida Matilde; déjela en su libre albedrío para que francamente diga hasta qué punto he de dar crédito a la próspera nueva que usted me anuncia.

-¡Leonor! ¡Dichosísima Leonor! Levanta tu candoroso semblante, déjate ya de suspirar, pon un término a esas tristes demostraciones de tu júbilo si no quieres que debilitándose el esfuerzo que estoy haciendo obligada de una sincera gratitud, me veas caer desfallecida entre tus brazos.

Faltábale efectivamente la voz, poníase pálida, presentaba su angélico rostro la imagen del desmayo y la agonía, y todo hacía sospechar que estuviese próxima a ceder al desaliento

de que hablaba. Leonor se arrojó a sus brazos para sostenerla, alargando al propio tiempo una mano a don Luis, que imprimió en ella sus labios con el más noble y amoroso entusiasmo. Así los sorprendió don Alberto, y su corazón paternal recibió a lo menos un blando esparcimiento en la patética demostración de aquella fraternal alianza, sobre todo cuando corriendo los tres a acariciarle y saludarlo, le prometieron no abandonarle y suavizar los postreros instantes de su vida.

El bondadoso anciano previno a los criados y dependientes de la quinta los dos matrimonios de Matilde y de Leonor, esforzándose en poner alegre rostro como si hubiese marchado la cosa según el discreto impulso que se había anteriormente propuesto. Todos aplaudieron la ocurrencia: y cuando supo Margarita que su querida ahijada había de casarse con don Luis, se le arrasaron los ojos de lágrimas, y echó millares de bendiciones a su tío bienhechor. Verdad es que templaba este gozo la amargura de ver entregada a manos de un aventurero la gallarda y hermosísima Matilde; pero todo lo sobrellevó con paciencia en atención a la felicidad de Leonor y a las instancias de don Alberto.

Entre tanto, o porque tratase de mudar de conducta, o por ver ya satisfechas su ambición y sus ideas, portábase Perceval con notable miramiento hacia su esposa, y manifestaba a don Alberto las atenciones de un hijo agradecido y respetuoso. Sin embargo, mientras se aguardaban las dispensas correspondientes no reinaba en los habitantes de la quinta aquella alegría franca, voluntaria y natural que formaba antes el cuadro más halagüeño de toda la comarca. En las delicadas maneras de don Federico había algo de violento y estudiado; suspiraba don Alberto cuando contemplaba embebidos en agradable coloquio a Leonor y a don Luis; y la brillante Matilde, aquella para quien habían sido las cabalgadas, las comidas, las iluminaciones y las fiestas, aquella que todo lo llenaba, animaba y embellecía, más triste ahora, más pensativa y solitaria, ni corría los jardines, ni aparecía en la quinta, ni apenas se hallaba en parte alguna. Íbase comúnmente a larga distancia de aquellos lugares donde nada la recordase al parecer los últimos acaecimientos de su vida; y allí reclinada junto al margen de una solitaria fuente, solía pasar las horas embelesada, no en las dulces imágenes que habían extraviado su corazón, sino en el tristísimo cuadro de sus disculpables errores. ¿Y qué es lo que veía en ellos que de tal suerte llamaba su atención? ¡Ah! Las virtudes y el heroísmo de aquel que injustamente persiguiera y cuyos lazos quiso evitar no obstante de ser, cual lo conocía ahora, el hombre más digno de un amor ilimitado y eterno. Fútiles pasatiempos, esplendorosas concurrencias, azucaradas lecturas, todo había desaparecido de su mente, porque nada la ocupaba mas que la idea de su indiscreción y su infortunio. Desde la conversación en que manifestó su esposo un egoísmo muy contrario a la novelesca generosidad con que quiso distinguirse, era vano el empeño de Perceval para remediar aquel primer rapto de su genio. Por mucho que procuraba mantenerla en la misma ilusión con que supo alucinarla, no desaparecía su humor casi insocial, ni la insondable tristeza de su ánimo. Muy al contrario, prefería a sus oficiosas protestas las ingenuas caricias de Leonor, y los desinteresados cuanto formales ofrecimientos del conde.

Tal era el cuadro que presentaba la familia de don Alberto Ludueña. Nadie dejaba de advertirlo, nadie de adivinar que en aquella casa había habido un cambio repentino de la jovialidad al desplacer, y de la franqueza a la reserva; mas no por esto se penetraba el desapacible acaecimiento que había dado margen a tan desagradables mudanzas. No debemos pasar en silencio que don Luis hacía los mayores esfuerzos a fin de renovar los

antiguos movimientos de libre y desembarazada alegría; y que si bien no era fácil conseguirlo, lograba algunas veces que cesase la poca inteligencia, y diesen treguas al áspero alejamiento que los ponía de mal talante.

Conclusión

¡Bendígalos Dios!... Se casan

MORATÍN

-Vaya, vaya -decía la vieja Margarita poco tiempo después de verificados los acontecimientos referidos en los capítulos anteriores y mientras estaba arreglando la elegante pieza ovalada donde pasó la primera escena de esta verdadera historia- Vaya, vaya, parece que al fin vinieron las suspiradas dispensas, y que no habrá palurdo del término que no dé con gusto cuatro cabriolas en celebridad de la boda de mi querida Leonor. Pero, ¿a qué te encantas, muchacha? -añadió volviéndose a una doncella que la ayudaba- Ea, arregla esas sillas, sacude esos espejos... vivo, mujer; que no parece sino que se hayan de casar de aquí a tres años.

-Bien está, señora Margarita, pero sepa que por mucho que una se mate, es muy en balde.

-¿Y por qué, bachillera?

-Porque no hay quien lo agradezca.

-Siempre has tenido tú algo de pizpireta y mucho de picudilla. ¿Qué especie de agradecimiento esperabas? ¿Que te nombrasen por cumplir con tu obligación abadesa de san Pablo?

-Mire usted; otras menos avispadas que yo habrán sostenido el báculo, pero no lo dije por tanto, sino porque la señorita Matilde no echa ya de ver el afán que los demás se toman por las cosas, y de consiguiente maldito el estímulo que una tiene al efecto de dejarlo todo limpio, aliñado y corriente.

-En eso no dices mal; y cuando me acuerdo del tiempo en que una hilacha suelta, o una partícula de polvo le causaba una jaqueca, no puedo sino hacerme cruces de la fría indiferencia con que ahora lo ve todo.

-¿Y por qué será?

-¿Por qué...? ¿Por qué...? Qué sé yo... pues al fin se casó a gusto, y viene fuera de sazón ese humor tan mohíno e insociable que muestra.

-He aquí lo que yo digo... ¡Pero qué! ¡Si los hombres en el día son el demonio! Deje usted que la digan amores, y la pondrán desconcertada y distraída; pues hágame el favor de que nos caiga la bendición del cura, y ya puede dar un sempiterno adiós a las risas, los donaires y las danzas.

-¿Y qué sabes tú de eso, rapaza? Más valiera cuidases de que nunca a las once faltasen las sopitas al amo, que si no procuramos sostenerle a fuerza de vigilancia y de método, pareceme nos pega un chasco cuando menos lo esperemos.

-Y mire usted, señora Margarita, sería una desgracia para todos, porque señor más bueno y concienzudo no pienso servirle en todos los días de mi vida. Aquí para entre las dos, mejor querría que se muriese el amo joven, que rabia por hacerse servir como un marqués, siendo así que públicamente dicen se vino a la quinta sin un cuarto.

-¡Vaya un piquito agudo, mujer! -exclamó el ama- ¡Ay! ¿Y cómo te he de quitar la mala maña de andar siempre en chismes y caerse la baba cuando a tu sabor destrozas la honra de tus señores?.

-Vamos con tiento, señora Margarita, que a usted tampoco le disgusta... Y sobre todo que siempre miraré de mal ojo al que no guarda a una dueña como usted todo el miramiento que se debe.

-¿Por quién lo dices, picotera?

-¿Por quién...? Por ese mismo que defiende, tan tieso y perfumado, envuelto en un corbatín de siete varas, y metiendo con las botas más ruido que diez carretas.

-¡Ah! Sólo él ha sido la desgracia de cuantos viven en la quinta, y eso que anda ahora algo cabizbajo y que se le ha aplacado un tantico la desatinada furia con que a puros zapatazos quiso mandarnos a todos. Pero al fin, al fin está casado con doña Matilde, y cuando el amo cierre los ojos cáatelo absoluto señor de estas haciendas.

-Noramala para el tal don Guindo con ínfulas de señoría...

-¡Otra! Ya veo que no has de callar, y que por la lengua y por las patas te habré de plantar en la calle cuando menos te lo pienses.

-Pues si me da rabia y...

-Lo que tal vez te dé rabia es que desde que das en la flor de que te dulcifiquen y enamoren, no levantas un pie ni das una media vuelta sin que te creas hechizar a cuantos te miran.

-Vaya, que usted la ha tomado conmigo, señora Margarita, siendo así que soy la que más le ayuda y la que saca siempre la cara...

-Bueno, bueno; vete allá dentro, y prepáralo todo para cuando se dirijan los novios con toda solemnidad a la capilla.

Era en efecto verdad que en aquel mismo día se celebraba la boda de don Luis con Leonor, y se ratificaba la de Perceval con Matilde. Habían por fin llegado las correspondientes dispensas, y don Alberto deseaba a lo menos antes de morir asegurar la felicidad de sus sobrinos. Porque lo que temía la señora Margarita no era infundado: su salud iba en decadencia desde que no sólo había visto frustrados sus proyectos, sino enlazada su única hija con un hombre de dudosa conducta, el cual había conseguido por medio de una vileza el premio a que ardorosamente aspiraban las gentes más acomodadas e ilustres de todo el reino.

Serían como las diez de la mañana cuando salieron los novios de la quinta en medio de gentil comparsa de criados, paisanos y arrendadores, y de un numeroso y lucidísimo concurso compuesto de los principales parientes, de los oficiales del regimiento del conde, y de cuantas personas notables moraban en todo aquel territorio. Disparábanse tiros, pronunciábanse vivas, soltábanse palomas, entonábanse epitalámicas canciones, y ofrecíase en fin el vistoso, alegre y animadísimo cuadro de una boda lugareña, unido al serio y brillante aparato de una alianza cortesana. Tampoco dejaron de concurrir los más acreditados violinistas de cuatro leguas a la redonda, y bandadas de mendigos que hacía tiempo esperaban aquel día de universal solaz y refocilo. Pero un observador discreto, a quien no deslumbrasen estas dilatadísimas oleadas, hubiera sólo reparado, por el contraste que con los demás formaba, en un anciano pálido y decaído contemplando con ojos mustios aquel bullicioso espectáculo, y en una joven que, a pesar de la lozanía de sus años y de las gracias de su persona, podía competir con él en punto a taciturnidad, melancolía o decaimiento.

De esta suerte y llevados como en triunfo, entraron las dos parejas en la gótica capilla. Reparó Leonor que las tres viejas, cuyo coloquio tanto la asustó en cierta ocasión, estaban sentadas junto a la puerta, y que se deshacían echándola peregrinas y extravagantes bendiciones. Cuando todos estuvieron dentro, volvióse Marta a sus comadres, y preguntóles en voz baja si les había engañado en el anuncio de la boda.

-Verdad de Pero Grullo -respondió Brígida- harto era de prever que esta caritativa muchacha tarde o temprano había de hallar un esposo.

-Pues ahí está la cosa, pese a mí, que yo os dije se casaría con ese mismo militar que la introduce en la iglesia.

-Con todo eso, hermana, lo mismo dijo en otra ocasión la tía Margarita sin que pretenda pasar por adivina ni hechicera.

-¿Sabes cómo te acreditaras un poco? -replicó la Úrsula- haciendo que tras de la boda viniese aquel entierro que también nos prometiste.

-Pues no lo dudes, sucederá ni más ni menos de como dije; y si quieres que te hable claro, repara cuando salgan en lo más lucido de la comitiva, y verás como viene entre los mismos novios el difunto.

-¿Qué difunto, mujer?

-El propio en cuyo final obsequio iremos la tres de plañideras y lloronas. ¿Dudas? Pues no hay más sino que metas el ojo por entre las piernas de los acompañantes hasta fijarlo en el círculo donde van los novios, y encontrarás ahí con un señor ya decrepito sin embargo de que no llega a los sesenta, apoyado el corvo cuerpo en un báculo, sin que tome parte en el júbilo universal ni en sus labios asome la sonrisa, antes por todos estilos anunciando un espíritu que decae, un aliento que se apaga, y no vacilarás en creer cuanto te reitero y anuncio.

¡Válgame Dios, mujer! ¿Con que según trazas no ha de ser otro el que muera sino el propio don Alberto?

-El mismo, comadre, el mismo...

-Pues no te regocijes de ello, que era apacible por demás y muy amigo de los pobres.

-Ya, ya, pero al del torrente y a mí nos dio malísimos ratos.

-Siempre fuiste, ¡oh Marta!, codiciosa y vengativa. Mirad que modo de proteger la tribu acabando con un señor piadoso para ensalzar a un aventurero, que en cuanto pille los cuartos tratará de establecerse en Granada o en la corte.

-Pues ¿qué pena tienes de ello? ¿Habrás mas que levantar el campo y plantar también nuestros ranchos en otro punto?... Y es cosa que nos conviene, porque si averiguaran estos alcaldes de monterilla la mano que cortó la sogá con que colgaron a Talega, no había de parar un gitano a veinte leguas en contorno.

Ya en esto salían los recién casados de la iglesia, y agregándose las gitanas al acompañamiento siguiéronlos hasta la quinta, donde hubo para todos pastoril danza, abundante comida e inesperada limosna. Tres días duraron las fiestas, única cosa en que rigurosamente se observase el antiguo deseo de don Alberto. Una vez pasados, volvióse a quedar sola la familia de los Ludueñas; y como se había concluido la guerra, fuele fácil a don Luis alcanzar licencia para razonable temporada. Inútil consideramos ofrecer a los ojos del lector una animada pintura de la felicidad que disfrutaba este caballero en compañía de su amable esposa, felicidad que en ningún tiempo vio debilitada o desmentida. Su carácter, naturalmente metódico y honrado, iba siempre perfectamente de acuerdo con el de Leonor, que no sólo lo miraba con singular cariño, sino con la respetuosa deferencia que se debía a sus virtudes. Por su medio alcanzó Perceval una tenencia en el regimiento; y si bien no siguió largo tiempo la milicia, tampoco abusó en demasía de la autoridad que la naturaleza y las leyes le daban sobre Matilde. Atribuíalo la gente lugareña, de suyo maliciosa y chismera, al admirable pulso con que previniendo tales desórdenes, dictó don Alberto el

testamento; pero nosotros, menos amigos de sátiras y enredos, nos complacemos en darle un origen más noble, como por ejemplo el deseo de borrar sus anteriores extravíos, y presentarse en el mundo con el beneplácito de una conducta algo recomendable por sí misma. No podemos disimular con todo que nunca manifestó a su esposa aquel amor apacible y duradero que nace del corazón y forma la inalterable dicha de un matrimonio. Tan pronto apasionado, tan pronto frío, era difícil reducir a cálculo sus pasiones, y aun averiguar la causa radical de sus fugitivos arrebatos. Al parecer no había nacido para casado, sino para representar el papel de un lord espléndido, elegante, enamorado y vagamundo.

Pero de todos estos personajes el que se llevaba la atención de las gentes por la compasión que inspiraba y el afecto que se atraía, era Matilde. Su tristeza cambió de carácter: de apacible y superficial convirtiéndose en sombría y taciturna; apagóse el extraordinario brillo de sus ojos, desaparecieron las rosas de sus mejillas, su sonrisa indicaba la desesperación o la angustia, y sus palabras revelaban a pesar suyo la inconsolable pena de su espíritu. En vano el conde y su esposa procuraban distraerla: al parecer sólo vivía para cumplir con el último deber de una hija; y cuando hubo cerrado los ojos y recogido el postrer aliento del autor desgraciado de sus días, pasaba sobre su tumba los ratos que no permanecía contemplando el retrato de su primo. Cuanto más se esforzaban todos en quererla y consolarla, más ella evitaba su encuentro, hasta que no siéndole ya dado desoír sus consejos, acusábase con lágrimas de la muerte de su padre manifestándoles con esto cuán fundada fuese la causa de su tristeza. ¡Ah! No nos atrevemos a decir si existía otra de igual influencia; pero el continuo llanto de sus ojos, sus reprimidos suspiros, y el mismo deseo de hallarse sola y de que nadie advirtiese la más leve señal de su malograda ternura, daba sobrado margen a la sospecha de que interiormente amaba y se desesperaba y consumía. ¡Sirva a lo menos su desgracia de aviso a los padres y de ejemplo a los tutores para que prefieran a la brillante y peregrina cultura de las señoritas de hogaño, la honesta, sencilla y piadosa educación de las doncellas de antaño!

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).